



El Viaje y otros Cuentos

Róger Mendieta Alfaro

El Viaje y otros Cuentos

Roger Mendieta Alfaro



N

863.44

M538 Mendieta Alfaro, Roger

El viaje y otros cuentos / Roger Mendieta
Alfaro. – 1a ed. – Managua: Amerisque, 2012

116 p.

ISBN : 978-99924-71-91-3

1. CUENTOS NICARAGÜENSE-SIGLO
- XXI 2. LITERATURA NICARAGÜENSE

Apreciado lector: Les invitamos a que se nos unan en facebook, búscanos como editorial Amerisque y escribanos sugiriéndonos cuales otros títulos les gustaría que incluyéramos en esta colección, también pueden escribir al correo electrónico: amerrisque@gmail.com o a través del contacto en la página www.wix.com/amerrisque/editorial?ref=nf

Los interesados en adquirir libros de esta colección lo pueden hacer utilizando estos medios, visitándonos en Casa del Libro, frente al estadio de fútbol Cranshaw o en los Supermercados La Colonia.

Teléfonos: (505) 2268 9402 / 2254 5135.

Este proyecto cuenta con la colaboración de la
Agencia Suiza para el Desarrollo y la Cooperación (COSUDE)
y el Foro Nicaragüense de Cultura.

Agradecemos a los supermercados "La Colonia"
por facilitar la distribución de estos libros.

Portada Freddy Avilés C.

Diseño Freddy Avilés C.

Impresión Impresiones y Troqueles S. A. (ITSA).

itsa1973@gmail.com

Teléfonos: 2266 1728 / 2268 2382

Fax: 2268 2914

Managua, Nicaragua, 2012.

A mi querida hermana Yelba...

INDICE

El Viaje	7
Un asunto de honor	50
Perra suerte la del rey	64
El Tren	83
El Mitin.....	91
Fiesta de aniversario	101

EL VIAJE

Frente a la sarrosa y aceitada Remington con referencia factorial del Siglo XVIII, el meticuloso José Sunsín enjugó el sudor de los brazos y frente; y luego se desgajó física e imaginariamente sobre el tendido del tiempo. Ernesto se había marchado, por así decirlo, a la mansión sideral a chismear con los luceros y las estrellas, como repetía antes del viaje, al hacer referencia a Pablo, Enrique, Miguel o Julio, el flaco, quienes ya estaban fuera y les fascinó hablar del asunto.

El problema resumía en que Ernesto se fue, y en consonancia con el criterio de quienes iban quedando, la inesperada compra de su boleto había venido a ser una verdadera sorpresa.

¿Cómo habría reaccionado Luís Soto ante la partida de Ernesto? Lucho se acostumbró a decir en voz alta su opinión acerca del viaje sin pensar en las consecuencias; y enfocaba el asunto usando más la garganta que la cabeza. Quizá lo habrían motejado como de cualquier pendejo, que había marchado al más allá sin el padrino protector que lo estuviera esperando en la entrada que vigila Pedro, como alardeaba de él mismo cuando Benito se fue sin siquiera decir: ¡me voy...! ¡Hay quienes avisan!, se dijo dentro de un tamborileo más que expresivo poco apropiado para la ocasión. Y resultó que el tampoco lo había hecho. Pues la Pelona jamás se presta para esta clase de juegos, y en la más impropia ocasión, se aparece sin avisar.

En lo que iba del año el grupo había vivido múltiples y muy desagradables experiencias. Sí. Tal vez no fuera éste el adjetivo más apropiado para calificar el momento cuan-

do uno comienza a escurrirse en la oscuridad del tiempo. Pero el asunto no deja ser singular cuando el viaje papalea en torno de quienes aún no tenían eufemísticamente comprado el boleto. Claro. Ernesto pertenecía al grupo quienes no estaban en la bitácora de vuelo al insondable mundo de las estrellas; y ni por asomo daba lugar a que pensaran de él en tal sentido, pero de improviso había llegado. En cierto modo, tal vez habría supuesto que no era tiempo apropiado para un tipo como él poner al aire libre su resquebrajamiento, lo que era una ofensa a su orgullo de jardinero de la propia existencia; y crucial desafío a su entrega y preocupación por las carreras del parque, los heroicos cruces de la piscina y los imbatibles cientos de pechadas que anidaban en sus brazos y ratones; y claro estaba, en otros músculos de su cuerpo, a los que le puso solidez el levantamiento de pesas, y un jubiloso y dicharachero saltado de cuerda.

Era opinión del disminuido grupo que en verdad, el erguido mocetón de los sesenta que parecía Ernesto, no era el más indicado para salir con semejante trastada.

-Nadie esperaba tal cosa –señaló María en los comentarios del velorio.

-Cierto –dijo Magnífica, esposa de Prudencio-. Alguna vez pensé que lo único que podría matar a Ernesto era un ataque de carcajadas. Pues le sobraba tan buen humor que hasta de lo más difícil de la vida hacía chacota. El único problema que dicen tuvo, si es que se puede decir así, es que se le pasaba la mano con las delicias del dulce; y aunque en sus cálculos no entrara este detalle, las marañas o embrollos en que lo metió el gusto por las tortas y los turrónes, era de suponer que aún al más pintado pueden mostrar el hoyo.

-No hables de hoyo. Disfraza esa palabrita con cualquier otra cosa –refutó Prudencio a su mujer-. Frente al oprobioso signo de tal realidad es prudente quedar callado.

-Aquí sotto voce – se inclinó Casimiro Lucio, el cardiólogo del grupo-, Elisa tiene razón: las tortas y los dulces no perdonan ni a su mamacita...

-Cierto –añadió Jaime, el panzón-. Y no solamente las tortas y dulces, sino también sopas de mondongo, tamales de cerdo y cocas colas, aunque éstas últimas muchos fontaneros las usen para destapiar inodoros. Pero a Ernesto lo que lo condujo al otro barrio, más que la comida, fue el olvido de los ejercicios. Claro que las tortas, las salsas de tomates y apetecibles helados de chocolate, cuando estaban frente a él, era incapaz de perdonarlos: Se portó tan drástico y tan real con el ataque a las solapadas rícuras, que parecía luchador de sumo en pleno combate dentro de los límites del plato, no de la alfombra.

-Y nosotros éramos sus espectadores –añadió Rosendo, que era de los que hacía chacota con todo lo que tenía a mano, incluyéndose él mismo, cuando se trataba de hacer chanza de gordos y comilones.

Afloraron los supuestos. Ernesto era mucho menor que Agustín, el psicólogo del grupo, quien vivía alertándonos con los consejos de cómo vivir más y mejor. De acuerdo a mi modo de pensar, estoy seguro que uno es como es y nadie puede cambiarte. Es casi como en un juego de béisbol, el beisbolero podría mejorar el ritmo de su bateo; y en vez de 150 elevar el porcentaje a más. Pero en asunto de hartazgo lo que vive en vos, dentro de vos está; eso eres y no existe forma alguna de sacarlo, a menos que pelees con lo que recargue tu barriga.

-¿Y podrían aclarar ustedes para que diablos sirve el psicoterapeuta? –dijo Ruth, con insolente gesto de yoquepierdista.

Ruth era acérrima enemiga de los tamales, la carne en vaho y el vigorón. Y en donde encontraba alguno de los manjares que estamos refiriendo, lanzaba sobre ellos y como una rana a la hormiga, y todavía pedía más. Le repugnaba que se hablara mal de las comilonas, especialmente si abundaba en grosura y destilaban manteca. Rosendo, que no era para menos, a sus espaldas le decía *La Vaca*.

-La mayoría de veces para nada –volvió al asunto el psicoterapeuta-. Todo depende del paciente o consultante, como prefieran llamarlo. Por supuesto, con la actitud del susodicho, la psicoterapia de los comilones puede rellenar huecos culposos que saltan hacia fuera para hablar de actitudes del pasado.

-¿Y en qué consisten esos huecos culposos? –intervino Janet, esposa de Fabián, que no tenía la menor idea de lo que quería decir Casimiro, cuando se refería al asunto.

Llamaba la atención que el velorio de Ernesto se hubiera convertido en una especie de “misa negra” en torno de la vejez y la muerte, debido a la actitud y el interés que tratabillaba el grupo en el inverosímil diálogo.

-¡No joda, socio! Tiene razón Janet. ¿Y con qué se van a rellenar? –intervino Joaquín Valaza.

-¡Hombre, Joaquín! Sencillamente con pensamientos positivos capaces de mantener a raya a los malos de la película en profundidades de la conciencia.

-No sé cómo, pero tal vez anden en mi rededor –dijo Joaquín.

-Mandándolos más al fondo –agregó Casimiro.

-Hasta no ver no creer –dijo Janet.

-Que funciona, funciona –insistió Casimiro-. Todo depende de la colaboración del sujeto. Para que no vayamos tan lejos, voy a ponerte un ejemplo: esto del sí y del no es como una misa para muertos: si no hay muerto no hay misa. En el caso, el éxito de la operación está en dependencia de la actitud del paciente.

-Si no hay muerto tampoco puede haber viaje –agregó Juan.

-Eso mismo –señaló Joaquín-. Lo veo como más realista... o surrealista, si queremos llamarlo así, para que rime con la condición del momento. Entonces, más que todo, para quitarle a uno semejante tapa de la cabeza es necesario re-tapar el subconsciente. ¿Cierto?

-Así es. El hurgarlo ofrece complicaciones. No es tan fácil. Sacar a flote las incidencias del subconsciente es tarea larga, complicada, y además bastante cruel y dolorosa, desde el punto de vista de la dinámica anímica. Es preferirle arrinconar la basura en el fondo la conciencia que mantenerlas a flote; pues estando muy a la mano trastornan la vida consciente. De aquí el relleno del sugestivo concreto psicológico en los huecos que estorban para no tropezar con la pared rocosa; meterlo hasta donde deben estar, remachándolo en el verdadero fondo –agregó Agustín mirando para el hicaco.

-No entiendo qué quieres decir con remacharlo. ¿Con qué lo vas a hacer? Esos huecos del subconsciente no admiten tapas, y mucho menos remaches; siempre van a quedar abiertos –intervino Esteban.

-Todo depende de quien tenga el hueco -volvió René- Muchos huecos son gratuitamente inventados. Creados por fantasmas imaginarios y alimentados por cierto entomo social en que pernocta crónicamente el protagonista. La razón y el origen de tu hueco puede no ser la razón y el origen del mío: todos tenemos uno; son individuales, pero bajo circunstancias atingentes a la propia persona difieren uno del otro. Esté es el verdadero problema: las cosas son del tamaño y color del cristal con que se miran.

-Aclara la cuestión, Agustín. Recuerda que ya estamos entrando al ciclo en que se nos enreda la memoria.

-Más claro no canta un gallo. No existe problema sin solución por difícil que parezca. El fondo del asunto es que sin existir el problema, cualquier embrollo uno lo complica. El modo que lo enfoques hará la diferencia: se agranda o se reduce de acuerdo a la percepción, el ánimo, alma, o la voluntad de quien lo padezca, con la implicación de que todo lo que nos acontece uno mismo lo produce.

-A mi ni me re ni me fa –dijo Janet, dirigiéndose a cafetería de la funeraria sin haber entendido nada.

-Recuerda –insistió Casimiro- que lo que llamamos subconsciente se forma por el cúmulo de buenas o negativas vivencias que trabajan para nosotros en función de nuestras reacciones existenciales; y que anidaron en nosotros en el periodo de la niñez... en ocasiones desde antes de abrir los ojos mientras luchamos para salir al mar del complicado mundo en que vamos a navegar. Es periodo útil del tiempo vivo que más afecta y modela al hombre: los laberintos de los días iniciales que inciden en el niño; hechos negativos que nos atan o liberan. Y que en dependencia de lo que ellos son y representan, vienen en nuestro auxilio o nos hunden en el problema. En verdad –agregó el psicólogo-,

no todo hábito es bueno o malo: sólo es un simple mecanismo que salta a flote en función de lo que presume tu realidad.

¿Cuántos años tendría Ernesto? Quizá sesenta. Era más joven que Pablo que llevaba encima sesenta y ocho, con el inconveniente que a pesar de su aparente voluntad de atleta, usualmente insinuaba sentirse acosado por cierto real inconveniente: el escurrimiento hacia la vejez; y aunque afirmaba padecer de nada, solía sentirse el mayor de todos con mayores problemas que Gabriel, que rondaba los ochenta.

-No joda, pariente –respondió Joaquín-, uno es tan viejo cuanto quiere serlo. La vejez es problema mental, que más que en el tiempo corporal aferra a una idea negativa que se anida en la cabeza. Y eso depende de cómo uno es y no cómo uno debería de ser. .. A Joaquín le fascinaba filosofar, de modo especial alrededor del complicado nudo de la existencia. Creía a pie juntillas, que el hombre es capaz de gobernar su propio vivir; y tal proceso está en función de la calidad de vida, en primer lugar; y de los pensamientos que uno sea capaz de calentar en la incubadora de la mente.

-O en el espíritu –interrumpió Gabriel.

-Son la misma cosa –respondió Casimiro-. Y agregó: No hagan preguntas de dónde está el alma, porque eso es asunto individual de uno con Dios, que solo el de Arriba puede contestar. De vez en cuando, quizá valga la pena dar una ojeada a lo que discierne Santo Tomás, agregaba cuando se abordaba el tema.

En la cafetería una que otra vez nos reunimos con Ernesto y René. En ciertas ocasiones estuvieron presentes Mauricio y Ricardo, que también adelantaron el viaje sin despedirse del grupo. Nos dábamos cita, o caíamos allí por

casualidad a la hora del cierre de operaciones, ya cuando cada quien regresaba a casa o dirigía a otro lado. Casi siempre, el tema fue la venta de seguros de vida, que es verdadera escuela para conocer a la gente: los compromisos con el banco, el amor por la esposa y los hijos en caso que se rompiera el hilo de la vida; o la visión sobre un universo de prospectos frustrados que luego de una plática de ventas de una o dos horas, el resultado fue a veces como arar sobre el amar: polvo, ceniza y cero por todos lados.

Todo tenía lugar entre el grupo de los catorce que poco a poco, y casi sin darnos cuentas, se había venido desmoronando.

Según la enrevesada opinión del Panzón, la mayoría de los compañeros se habían ido casi por puro gusto. Jóvenes como Enrique lo habían hecho tras el vuelco del vehículo; Benito Pérez por el atracón de un bistec gigante; el enano Juan amaneció estirado sin que hubiera avisado a nadie; y Pablo Luna pasó lo mismo que a Ernesto, con notoria diferencia que comenzó a trotar ya un poco viejo, cuando el corazoncito había permanecido en el reposo de los que ven pasar el tiempo roncando, o estirados en una mecedora.

Y como opinaba María: Todo parecía andar bien hasta que Doña Huesuda que no respeta tiempo, pelo, color ni tamaño, empezaba a sacudir las ramas del árbol del grupo y desgajaba los frutos maduros.

Después, resbaló Fabián. Fue cuando Angélica recordó las famosas frases de que: "Hay más viudas que viudos: pues los hombres se van primero". Haciendo el recuento de los caídos era la pura verdad.

José en lo personal, no quería creerlo. Era de quienes pensaban que la fría llamada de la muerte, si a uno le llega,

es porque se tiene conciencia de ello: uno la busca, la invita a casa, la sienta a la mesa, y por último la acoge con tan grave y extraña obsesión que la convierte en miembro de la familia. Quizá sea éste un problema interior, dentro de una fe difusa que alumbra a medias; o que genera por carencias de esperanzas para existir y alegrarse con la vida; sea el porqué nos sentimos abrumados por las acechanzas de flotantes pensamientos negativos, que atiborran la conciencia y acortan disfrute del tiempo, o cualquier otro supuesto. Porque para ser francos, hay gente que se larga cuando le da la regalada gana.

Los años rugieron encima de nosotros como imprevisto huracán ya para la etapa final. Del ineludible paso Estigia al azaroso vuelo mitológico azul celeste, éramos apenas seis los que veníamos quedando. El vuelo de Ernesto rompió el entorno simbólico de la docena. De cierto, Ernesto había sido una especie de eslabón que nos unía a la vida en un último hervor de permanencia. Adoraba la vida y le daba gusto al punto de saborearla. Lo chanceábamos de esta manera, porque él fue nuestro clásico ejemplo, y aunque sin externarlo vivía arrinconado por una angustia que no quería reconocer; y la que como endemoniado alfiler le propinaba hincos en el desvaído espacio de la psiquis.

El grupo que fue sólido en las aulas del colegio y fortaleció en la universidad con amigos que fueron sumándose. Fue una especie de pequeña gran familia en el orden del respeto y el afecto; y por supuesto: los deportes, los negocios... etc. De pronto, se había venido encogiendo sin que pudiéramos percibirlo. Tuvimos conciencia de ello cuando Ernesto se fue de viaje, quizá porque al multifacético Ernesto, los que éramos de la vieja cepa, lo teníamos muy dentro, en el salveque del corazón.

Con el devenir del tiempo, el grupo primario comenzó a trastabillar; declinó como una puesta de sol en la bajura del río. Las agujas del tiempo avanzaron más rápido junto al papaleo de sobrevivientes que burlan porcentajes normales en la palestra demográfica. El más consecuente con esta realidad fue Juan; y lo señaló en el velorio de Janet, luego de cierto operativo médico quirúrgico llamado liposucción, en que naufragó y no volvió a salir a flote.

A la altura de los acontecimientos, uno de tantos sábados mientras íbamos para el coliseo, luego de dos o tres velorios que habían venido en fila, al oír el campanazo del árbitro llamando al encuentro de box, Aurora susurró a mi oído entre el hervor del bullicio: "¡Qué dicha la nuestra que todavía podemos venir a estos encuentros de boxeo!"

-¿Por qué lo dices?

-Porque desde que entramos a la boletería experimenté la sensación de que en los últimos meses el tiempo se ha ido rápido.

-¿Qué te hace pensar tal cosa?

-La muerte ha noqueado a muchos de nuestros amigos y conocidos.

-Así es el tiempo –contesté.

-Pueda que sea así, pero es doloroso no sólo a nuestro corazón, sino que lo mismo a nuestro ánimo. De todas formas, lo de morir se no es ninguna lotería. Si vuelves la mirada a la primera fila de silleas, ¿qué puedes notar?

-No sé qué estás pensando, mujer.

-Simplemente que no existen ya conocidos. Nuestros amigos se ausentaron del bullicio del box.

-Así es, Aurora.

-Ya no podremos escuchar las baladronadas de algunos de los amigos en este deporte, que los expertos llaman de orejas chatas y labios de coliflor...

-Tienes razón, Aurora.

-¿Sabes una cosa?

-¡Sí!

-Tampoco vamos a tener de réferi a Pambelé; ni volveremos a ver una pelea del *Tigre Negro* o de Francois Gonzáles, lanzando sus cruzados de izquierda, o sus ganchos de derecha, en donde toda aquella jerga de fintas y bailoteos que nos hacían felices y estimulaban nuestra ansiedad fetichista.

Yo que era el observador de los cuatro pelados que quedábamos, me dije que entre la fila de concurrentes de hoy, eran todos desconocidos; y ni siquiera se notaba algún familiar de sus ascendientes. O a lo mejor estaban allí, pero con la rotura generacional que ahonda en el tiempo y expande en los arrecifes de la edad, aunque hubieran estado allí, para nosotros fue como si no llegaran.

Observando la mirada y gestos de mi rostro, mi esposa musitó:

-¡No es como antes!

-Sí –dije yo-. Ni podrá ser. En realidad se han reducido los espacios.

-¿Para quién? –dijo mi mujer.

-Más que para nosotros, para los que no vinieron –contesté al momento.

Recordé la costumbre de telefonar a ciertos amigos: Pablo, Pedro, Ignacio, Sixto, José, Renzo, Daniel... y aprovechábamos la ocasión para echarnos unas copas de la botella de ron que cargábamos en una diminuta hielera; y luego disfrutábamos con bufonadas de toda índole y color que soltaban los fanáticos.

“No vino nadie, -pensé yo-. Por poco no venimos nosotros”, pienso que pensó mi mujer.

-¿Para quién dijiste que se estaban reduciendo los espacios? -insistió mi mujer.

-Para los que no vinieron -volví yo.

Y acudió a mi memoria la artritis de Prudencio; y el problema cardíaco del

Panzón; la diabetes de Álvaro, el poeta de cantos que endulzaban el oído de Janet; la gota casi crónica de Silvio; la traumática próstata de Julio... que eran los más cercanos en las veladas de boxeo; y cualquier otro tipo de encuentros.

Algunos de los mencionados llegaban a las reuniones sabatino-políticas y literarias que tenían lugar donde Aldo Díaz; o en aquellas ilustres o lustrosas parrandas que en un dos por tres habían desaparecido.

-¿Cuándo fue la última vez que vinimos a una pelea de boxeo? -preguntó mi mujer.

-Si mal no recuerdo, fue cuando Alexis peleó y venció a Charchai Chanoi. A ese encuentro vinimos casi todos los del grupo.

-¡Uuuuhhh! ¡Eso fue hace como cuarenta años! -rió mi mujer.

-Tienes razón.

-Sí. Hace muchos, muchos años –insistió.

-No sé ni porqué, pero recuerdo que por poco no venimos –agregué yo.

Ya había comenzado el ruido de los aficionados: gritos, golpes en el piso del redondel; apostadores mostrando billetes de veinte, cien o quinientos, hechos rollo y cogidos con las puntas de los dedos y manos en alto. El árbitro comenzó a llamar a los pugilistas al centro del cuadrilátero; ofertas de buhoneros: maní, bebidas gaseosas, cigarrillos, rones gratuitos para promover la empresa del ron más poderosa que la que Satanás guarda en las cubas del infierno.

Pensé que quienes quedaban del grupo no estaban allí. Entre los males que habían azotado a nuestros amigos, hay uno tremendo y maldito que se llama aburrimiento. Es depredador con mayor profundidad y encono que cualquiera otro. Siempre recomendaba a los amigos que se mantuvieran con las baterías cargadas; que buscaran como hacer cualquier cosa, aunque fueran muecas, para no aburrirse. La Señora de la Guadaña baila en una pata cuando se topa con los aburridos.

-Peleadores al ring –gritó el juez a través de parlantes.

-Por una de las esquinas subió al entarimado nada menos que *Lombriz de Leche*, joven pálido y delgado que enfrentaría a *Kid Chilillo*, otro del mismo calibre, quien saltó por otra esquina del cuadrilátero, vistiendo bata de rumbera en ruinas, en contraposición a la del rival que lucía una especie de calzoncillo de colores brillantes con aspecto de recién ajustado.

-¡Estamos sobre la cuenta regresiva! –recordé que había dicho Juan con esa chispeante sorna a que estaba

acostumbrado cuando hablaba de las continuas emboscadas que había tocado enfrentar al grupo frente a la friolenta huesuda.

-¿Hasta ahora te has dado cuenta? –dijo la esposa de Juan.

-No es tan así –contestó el aludido-, pero no cabe dudas que con la llegada del acosador otoño vital, he venido experimentado la sensación de que algo se mueve a mis espaldas como si fuera una sombra. Y claro está, cuando veo lo que pasa y habrá de seguir pasando a otros, siento que la cabrona señora de la guadaña se ha acercado tanto a mí que parece un guardaespaldas.

-¡Tampoco conviene exagerar –dijo la mujer.

-Después de lo que pasó a Ernesto, César y Nicolás, a esta altura del juego, no se debe esperar algo mejor. Por ejemplo, como piensa Pablo Molina: hay que preparar un lugar decente para el minuto final; y lo digo con las mismas frases que dije a Prudencio.

-No entiendo qué tratas de insinuar.

-Nada, mujer. Simplemente, lo que soy yo, quiero morir confesado.

-Sigo sin comprenderte.

-Hay que llamar un notario. No quiero que mi cadáver ande de arriba para abajo, porque no hay un sitio donde enterrarlo, como pasó con la escritora de *El Hombre Feliz*: la poeta no tenía tumba en que reposaran sus huesos. Si por ventura de cualquier inesperado fenómeno hubiera resucitado, es seguro que habría muerto de nuevo ahogada por la angustia, al informarse de la suerte que había corrido su cadáver... o se abría vuelto loca.

-Es preferible estar loco que muerto –dijo Juan-. De todas maneras para los que estamos junto a los acantilados de la realidad resulta siendo lo mismo.

-A mi no me gusta la muerte –recordó Aurora lo que había comentado a Julia en los corrillos de un cuarto velorio.

-A nadie le gusta; y menos si uno es el protagonista –intervino Juan.

-A nadie... a nadie –agregó Narcisa la vecina del difunto.

-Aunque de acuerdo a opinión de Rogelio, la muerte es solamente un sueñito del que uno no se despierta. Toca tu puerta y... ¡zas! Te fuiste...

-No sé si Rogelio se referirá al segundo final, porque para otros, la muerte es, tan brutal y tenebrosa, que más que sueño resulta una pesadilla en que saltan, relinchan y se complacen los inmundos demonios del averno.

-Tienes razón, Juan. Lo que es a mi, no me gusta la muerte y le tengo pavor. Le alzo pelo –arrugó el rostro la vieja-, y prefiero verla de larguito, aunque con el tiempo he venido escuchando la cercanía de sus pasos.

-Lo mejor es hacerse el sordo. Yo me hago el sordo –dijo Juan.

Aurora seguía muda, escuchando el ronroneo del velorio. Luego, como que despertó.

-¿Sabes una cosa?

-¿Sí?

-No continuemos hablando de muertos.

-Tú comenzaste –dijo Juan.

-No recuerdo.

-Yo sí.

-El cuerpo de Jacinto todavía permanece entero dentro del ataúd, y nuestros comentarios podrían alborotar sus huesos. ¿Acaso no viste cómo me pararon los pelos? –dijo Aurora.

Estiró los brazos y frotó con ambas manos los hirsutos vellos de la epidermis.

En el velorio de Ernesto no había sido la primera vez que caían en comentarios del viaje. Ya habían asistido a otros velorios, y a altura de la realidad la índole de estos eventos se prestaba para esta tipo de comentarios, incluido el jocosos entre los que sobrevivíamos.

Federico Pico –Pico por lo de hablantín-, era de los que se repartía con la cuchara grande en materia de historias de difuntos. Y sacaba a flote hasta aquellas que había escuchado de los abuelos.

Claro está, no entraba en nada lo negativo a menos que lo zarandearan del rabo y pulsaran la cuerda de los chismes. Se deslizaba por lo más fino a fin de no poner en vilo la memoria del difunto.

Horroroso era caer en las manos de doña Floripondia Flores, quien tenía una lengua de culebra; y no faltaba a ningún velorio. Y además, un millón de veces se ofreció para vestir y maquillar difuntos. Emigrante en Miami, luego de la fallida revolución, doña Floripondia se hizo experta en el oficio al que hacemos referencia.

Fue notorio que para muchos dueños de difuntos, doña Floripondia Flores resultaba un pegadero. Más empericuetada que doña Suche Malinche en el bailete de El Güegüen-

se, y como ceguezuela, peinaba la pelambre sobre la frente para ensayar los artificios de que se valía el funerario para poner bello el cadáver, como si estuviera vivo.

El problema de doña Floripondia era que pasaba de los ochenta, y como es normal en ciertas gentes, le temblaban las manos y faltaba un poco la visión. Sin embargo, aún estando así, jamás faltaba a un velorio o misa de difuntos. Las paredes de su vivienda era un mar de estampitas que historaban la vida de los muertos del pueblo; y quien pretendiera conocer algo más sobre los viajeros que estaban pegados en las paredes de su biombo, solo tenía que recurrir a ella y quedaba todo aclarado

“La vieja ésta” —chismeaban otras viejas más ancianas que Floripondia, no le satisface hablar solamente de los vivos, sino que se instala tras las paredes de cualquier vivienda para indagar la triste vida de los muertos. Además, la suerte, la ocasión o lo que pudiera ser, la vive acompañando, pues todo mundo la invita a lo que la puede invitar: cine, restaurante, misas de quien fuere o haya sido; y jamás se echa atrás. Anda por todos lados, cargando sus chilindrujes, porque a pesar de vieja y fea, es vanidosa y coqueta.

Recordaba a Juan haciendo sus comentarios en ronroneos de los velorios. Chanceaba jugueteando con las palabras que la muerte también tenía planes, como las funerarias, para todos gustos y clientes. Y carcajeaba diciendo, que había sido la misma guadaña quien diseñó las famosas exequias: coronas fúnebres y sepulturas; el sabroso capuchino con las respectivas galletitas de Holanda; y en ciertas ciudades, la práctica de la costumbre de hacer el último viaje sobre carrozas tiradas por nobles brutos enjaezados; algo que jamás en su triste vida había imaginado el muerto. Hay

gente que celebran funerales tan aparatosos, que llevan en sí, espíritu y ritmo de fiesta patronal, a tal grado que a más de un vivo le entran deseos de morirse. Pero también hay funerales tan aburridos y sosos que dan deseos de seguir viviendo. Juan era partidario de los segundos.

Eso sí -recordaba-, he pedido a mi mujer con todo el alma. Primero: "que me deje enfriar suficiente, y no me meta al ataúd caliente, porque podría ser que todavía no hubiera terminado de morirme: Y para ser sincero -agregaba-, la he alertado, que aunque jamás experimenté algún signo de catalepsia, no olvide lo que le pasó a nuestro vecino Pepe Torino, el súper forzado del grupo que vivía luciendo su resplandeciente musculatura a lo Charles Atlas, sólo que un tanto bofa sobre unos ojillos de cucaracha saliendo del albañal; y que de no ser por la observación de doña Floripondia Flores, lo hubieran bajado al hueco estando todavía vivo. Y como pueden ver, todavía anda el bandido vivito y coleando, y no digo que más..."

Benito, calavera del grupo, había llegado a viejo viviendo de la renta que le producía la cuartería heredada del abuelo, un tal don Julián Gutiérrez, en que se hacinaban los inquilinos. De permanecer sentado las veinticuatro horas del día, entretenido con el juego de ensartar un bolero lanzado a la basura por un hijo de los usuarios, al protagonista se le inflaron los cuadriles y le crecieron las nalgas al extremo, que la acumulación de grasa le endureció las arterias. Y en una de tantas discusiones alrededor del raído pan producto de la cuartería, se le encendió el rostro de rabia, y en un sorpresivo y febril corcoveo, el rojo corcel del infarto lo sacudió y se lo llevó en el alma.

Al escuchar el relato de Juan, el pequeño grupo había soltado la carcajada.

-La verdad –dije yo-, es que el tiempo de alguna manera te mata.

-¿Y qué tal si de algún modo se entromete la catalepsia? –rió Prudencio.

-No joda, socio –recordé que había dicho Joaquín Valaza casi frente al ataúd de Ernesto-. Mejor olvidemos esto. Tengo la sensación que aunque simulemos que chanceamos en un instante de bromas, estamos hablando en serio. A tal extremo no espero que llegue la mala suerte. No nos quedará más camino que ponernos en paz con Dios para que la señora de la guadaña no nos sorprenda sin confesar-nos, había dicho quien ya también se había ido.

José se frotó los ojos y cayeron sobre él una avalancha de recuerdos. No le cabía la menor duda que había vivido bastante; y como comentaba el grupo, ciertamente ya eran pocos los que quedaban de aquella fraternidad en la que había habido de todo: loros, arlequines, yoyos, poetas, Gardes, Don Juanes, melancólicos, cantautores, bailarines, nostálgicos, borrachos, manirroto, tacaños, atletas, bellos y feos como primates; y comediantes del montón, como lo fue Rosalío Maduro o Juan Insulsa, que hacían chanza de todo mundo, y hasta de la propia sombra, mientras juguetaban sus dedos índices con los lóbulos de las orejas; y cagado de la risa comenzaba a gritar: *¡taxi, taxi!*... el tipo era tan pequeño que cuando caminaba daba la apariencia de ser un coche que rodaba con las puertas abiertas.

“Cuando uno está colocado en el fondo del callejón es capaz de suponer cualquier cosa”, afirmaba Josefina Piña, teóloga de montón, a quien se le había metido en la edad del retiro, estudiar la Biblia que había aprendido de memoria. Y no lo hacía mal cuando recurría al recurso de los Proverbios. Era excelente Proverbióloga. Y de sopetón salía al

paso de Chepe Chulo, quien aseguraba saber de todo en materia de religión y no entendía de nada; y quien era famoso porque entraba de espaldas a casa cuando los sábados chiquitos regresaba de parrandear en horas de la madrugada; y en cierta ocasión que lo sorprendió la esposa, recurrió a la insólita mentira de estar yendo a la misa del domingo. Chepe Chulo también se había marchado sin despedirse, y fue Josefina, la encargada de leer el Salmo 23, que según propias palabras, habría preferido el difunto.

“¡Ojala le llegue! había comentado Josefina, que ya también formaba parte de las huestes voladoras. Y José recordó que la teóloga había comentado: “En lo que no estoy de acuerdo es que la gente muera de cualquier cosa. Chepe Chulo no tenía nada. De lo único que padecía es que había perdido un poco la memoria. Pero eso es normal. ¡Cuántos de ustedes no la han perdido!”.

“¡La verdad es que uno se muere de cualquier cosa! –había dicho Lucho-. La gente se muere porque ya no puede... o no quiere seguir viviendo y punto...!”

Y después de cualquiera de los velorios solían comentar:

-Estuvieron formidables los nepentes donde *Las Tres y Media* luego del viaje de Sorongo -dijo Domingo-. Pues no queda otra opción que celebrarla con ron y con llanto... aunque para ser sinceros, lo rociamos con ron porque coincidía con el día de su cumpleaños. ¿A quién le ocurre irse el día de su cumpleaños?

-No deja de inquietarme que con los setenta que carga Juan, y los ochenta míos, estuviéramos entrando en terrenos de la pelona. La verdad es que el tiempo pasa volando cuando se entra a la vejez. Y para poder entender el por qué del asunto, insistía René: la respuesta está en comprender

el meollo de la realidad: el tiempo vive su hora y se desplaza en redondez circular, pero uno se torna lento, y dormido o medio despierto, a veces ni si quisiera lo ve pasar. Y es evidente que lo que queda del susodicho se despilfarra en velorios, misas, funerales y decenas de actividades relacionadas con la otra vida.

-¡Cosas del tiempo sobrevivido! –dijo Juan.

-Así es –dijo Ester.

-Pero nadie quiere irse –volvió Juan.

-Aunque como opina don psicoterapeuta la muerte es un sueñito del que uno no se despierta –recordó Ester lo que había afirmado Domingo, quien ya había marchado.

-Sueñito o no. La verdad es que nadie quiere morir, ni los que se están muriendo –volvió Ester.

-He estado en un montón de velorios –sonrió José Adrián.

-Lo mismo yo. Hasta donde puedo recordar creo que ya llevo trece –señaló Juan.

-Mal número –dijo José Adrián.

-Los míos son como siete –entró Luis.

-También mal número –insistió José Adrián-. El último fue el de Cruz Morado, que fue repentinamente zarandeado por el dengue hemorrágico; y sin siquiera tener las maletas listas, se fue de viaje.

Y lo de siempre. Cuando el cura inició la misa cesó la especie de parloteo. La ocasión se prestó para que Juan recordara la caída del Panzón, Janie, Pedro y Lorenzo que habían enrumbado el vuelo tras las famosas frases de Er-

nesto: *se fue de viaje*; y había hecho de la expresión el principal divulgador, de tal modo que en menos de lo que un gallo hace ki ki ri kí, todo mundo decía lo mismo.

Era hilarante observar las reacciones que surgían entre quienes quedaban del grupo. A algunos no les importaba absolutamente nada que se hablara de difuntos, a tal extremo que lo veían casi como una pasión hedónica frente a los laberintos sepulcrales de la despedida final. Narciso era uno de éstos; quizá por su experiencia revolucionaria en las huestes de la montaña. “La muerte no necesita invitación, llega en cualquier momento, cuando uno menos la espera”, chanceaba. “Lo que soy yo, que me registren, porque no tengo que esconder. El temor aunque anda con uno, yo me coloco detrás. A la Pelona la he visto un millar de veces... no digo de frente, porque de frente nadie la ve, pero de lado sí, a todo correr, o de paso, trotando con guadaña al hombro en los laberintos de la barbarie armada que unos llaman defensa de la democracia; o otros, la expresión libre del pueblo. Parra mayoría de combatientes es mierda hedionda e innecesaria, que da fe del proverbio: “ser la misma mona con distinto rabo”.

-Cuando uno pasa de los setenta si es que llega a estos, no necesita guerras para morirse –dijo Prudencio, el más callado sobreviviente del grupo-. Llevar la mochila al hombro pesa tanto que comienzas a encogerte. Antes de que Luis viajara hicimos un pacto, y al hablar de sobrevivientes, estuvimos de acuerdo, que el tope del callejón en que termina la juventud finaliza la guerra; y nos abre sus puertas la pírrica paz de la longevidad.

Reía José porque solo en el pasado junio, junto a su mujer, habían asistido a siete misas de difuntos y unos doce funerales, en los que ya no había a quien dar las condo-

lencias, pues aunque con los difuntos en el trajinar de sus vidas habían sido casi como hermanos, para las exequias o recordatorios, a duras penas conocían a cualquiera de los descendientes.

En realidad, vivimos en un mundo que no es el nuestro: somos extranjeros en un país extraño; y era respuesta lógica y natural, pues habíamos rebasado más de la media sobre límite demográfico. No cabía duda, que para aquellos de los descendientes: hijos y nietos de amigos nuestros, éramos tan solo uno que otro ilustre desconocido.

-Se fue sin despedirse –pensó Juan frente al féretro del amigo, de quien había aprendido una de las más proverbiales lecciones que recibió en la vida: su alumno en la universidad cuando fue docente; con los años vino a ser el amigo que participó como otros tantos en las doradas juergas del grupo.

Luego pensó en Ernesto. Se dijo que los mejores amigos que había tenido siempre fueron de mayor edad que la suya; entre estos estaba Romeo, a quien quiso como el padre que no había tenido; y del que tuvo filial respuesta cuando el hijo que esperaba jamás llegó por la esterilidad de Maguncia.

-Vino a ser como el hijo que deseamos siempre -repetía su mujer.

Maguncia que no era de menos en materia de expresiones sorprendentes, había inventado cierta frase que hablaba sobre la muerte con acento socarrón: ¡Activó la góndola! ¡Se fue de viaje! La expresión quedó trepidando entre los miembros del grupo con tal fuerza e intención, que pasó a formar parte del vernáculo lenguaje entre folcloristas de la tierra del Güegüense.

-Otro que se fue de viaje –dijo Fabián, observando boquiabierto la pantalla del televisor en que desplazaba como una serpiente de luces el anuncio del fallecimiento de Prudencio. Fabián era otro de los que pertenecían al grupo de los inmortales. Lázaro, Juan, Hermenegildo, Fabián, y el recién embarcado Pico de Chinche se habían ido. Cada quien tenía su historia: unos más y otros menos con amigos y parientes. La mayoría con la respectiva descendencia, a excepción de Juan Ramón (Pico de Chinche), que no tenía ninguna; de tal manera que a la hora del viaje, fue hipotéticamente un problema, pues aunque todos le querían faltó el hijo, la esposa o el pariente que lo llorara, aunque estas son prácticas que más bien rayan en la costumbre en ciertas culturas adoradoras de cadáveres.

Si no hay lágrimas, si no hay rezos, si no hay velos y vestidos negros, es como si no hubiera difunto... Es la respuesta en la que en ciertas sociedades se contraten plañideras.

-En ciertos velorios nadie llora –acostumbraba expresar Manola-, quien como doña Floripondia que se había despedido entre café negro, pasteles, tortas de leche, jugaderas de naipes y los irrenunciables escondrijos de aguardiente en el vertedero de la cocina; y suponiendo que cualquier día sería visitada por la Pelona, decía: “¡Yo he llorado, peinado y vestido a todo mundo. Ojala tenga yo quién me lllore, me arregle y me vista!

Con ella cualquier mortal tenía la certeza que no faltaría a nada. En hora del cumpleaños, el bautizo o compromiso de toda índole; y hasta en los famosos sábados calientes en casa de ciertos amigos, de pronto aparecía hasta que por su incidencia otoñal fueron echándola de menos.

Juan insistía que en los albores de lo irremediable Ernesto tomó la punta. Fue el primer golpe sorpresivo de

acuerdo al pensar de Joaquín. Luego más amigos continuaron enfilándose, aunque bajo ciertos tímidos y aprensivos sentimientos de hilaridad, entre sobrevivientes setentones y ochentones que viendo el futuro se habían colocado en cómodos lugares. De modo que César Rosado, el de la súper patada del gol, que había puesto de último, despuntó el primero; y siguió Terencio Chimenea, a quien motejaban así porque ni para meterse a cama dejaba a un lado el puro. Opíparamente se había colocado en el séptimo y se marchó de tercero; lo mismo ocurrió con Serafín Bello, que del apellido no tenía nada, a quien decían *Bacinica* por su increíble capacidad de aguante, pues no había la menor broma por cruel que pudiera ser, que escapara al estallido de la risa; el tipo se había puesto en el sexto lugar y viajó de segundo; y así sucesivamente. La vida juega malas pasadas a quienes fueron los más duros y recalcitrantes para balancearse en la cuerda floja del viaje, llevándose en el alma a quienes según los lenguas flojas del pueblo, aunque no lo parecieran esparcían acre olor a formalina y cementerio.

“Todo viaje está lleno de vivencias, repetía Juan, antes de marcharse, y el más importante que radicalmente acosa no es la excepción”.

Su homónimo Juan Reyes subió desde los rincones de la escuela primaria en donde habíamos estrechado bulliosa amistad de compañeros. Nos constaba que Juan era bueno a los vergajazos a pura mano pelada. Quizá algo payaso, pero valiente. Antes de que volara el Dictador anduvo de la seca a la Meca en todo, gestionando asuntos legales: juez local, secretario en cortes, defensor de políticos segundones a quienes acosaba la Policía Provincial; de tal modo que se convirtió en el paño de lágrimas de las esposas a quienes faltaba capacidad de gestión en los niveles cercanos del dictador local. De tal manera que cuando cayó el

Dictador grandote, al amigo y compañero de infancia, no le quedó más alternativa que salir en estampida por cualquier hoyo de la frontera.

Desde aquella dura experiencia no sé que fue de Ulises, como le decíamos en la universidad por sus truculentos relatos de entorno mítico, los que según él, sólo podía compararse con el héroe de la Odisea. Juan también se había vuelto viejo, y casi anciano por problemas de diabetes, según él, arrastrado del factor genético. Pero, referirse a la pelona, como al doctor Reyes, le importaba un pito y afirmaba: *Lo de esa vieja Pelona es algo que me entra por un oído y me sale por el otro.*

Si mal no recordaba, fue Juan quien había sido el primero en hacer ciertas consideraciones sobre la reducción del grupo. Antes, cuando éramos casi **30**, dibujaba un enorme número treinta donde le ocurría hacerlo, nos juntábamos en cualquier lugar: la playa, la misa del domingo, la cafetería, el cine, o una que otra parranda en casa de cualquier pariente o amigo. Y no por casualidad, pues nacimos en una pequeña ciudad en que todos nos conocíamos, y que luego se volvió grande; y hasta resultaba innecesario indagar: Juan, Pedro, José, Tito, Eva, Lucía, Ronaldo o Perico de los Palotes. Así de simple...

“¡Uh! ¡Estás hablando del tiempo de la abundancia, cuando los perros se amarraban con chorizos”, alguien lo interrumpió. Hoy ni siquiera recordaba quién había sido Juan. El tiempo, a veces, también se come a la memoria.

Las incidencias en los viajes y el crecimiento de la ciudad fue un proceso casi cómico, espectacular, pues mientras el grueso de los fundadores del villorrio y sus nietos y tataranietos comenzaba a doblar la cabeza, desapare-

ciendo, ésta convirtió en pueblo, y luego una ciudad que atiborró de gente, de una manera inverosímil luego de la brutal estampida que estimuló la guerra civil, en la que miles de agricultores y gente relacionada con los partidos emigró de la selva y entró a la localidad como río que sale de cauce.

-¿Espero que hayas escuchado la noticia? –dijo Timoteo a su mujer, quien llegó azorada desde fondo de la cocina, todavía bostezando.

-No.

-¿No ves? –mostró el brazo a Elisa. ¡Se me puso la piel de gallina! Sucedió algo que jamás sospechó Ulises –dijo Timoteo.

-¿Metieron por fin a la cárcel al ladrón que se robó el Estado, o le dieron un golpe de mano al enredado del presidente? –preguntó Elisa.

-Fue algo peor para la esposa de Fabián –dijo Timoteo-. ¡Fabián se fue de viaje!

-¡No me digas! –exclamó Elisa.

-Sí, señora. Fabián se fue de viaje –dijo Timoteo entre gestos de solidario dolor y frases de resignación.

-¡Quién lo habría sospechado!, señaló Elisa. Todavía antes de anoche estuvimos con él... y ¿Te acuerdas? Estaba bailando, pero requetebién La Murundanga, El Caballo Viejo y El Zopilote.

-Así es la vida –dijo Timoteo. Y quedó reflexionando sobre la muerte tal y como suele llegar: sorpresivamente cuando uno menos la espera.

-¡Así es que se fue! –volvió Elisa.

-Se fue.

Pero no transcurrió mucho tiempo sin que Julia, amiga de Elisa, saltara como gato sobre el ratón hacia la mesita del teléfono; y acomodando el trasero en la esquina de la cama:

-¿Sí?

-Habla Julia.

-¿Qué pasó, mujer? –dijo Elisa.

-Espero que lo sepas.

-Suelta el chisme, mujer.

-No es ningún chisme, sino que uno más que se fue del grupo.

-¿De quién estás hablando?

-De Prudencio.

-¡Cómo vas a creer! ¿Y de cuál de Prudencio estás hablando...? ¿Del bien portado o del malandrín?

-Del primero, mujer. Del que le decían Fabián.

La escuchó con extrañeza. Le habían llegado chismes que el segundo andaba un poco enredado de la cabeza.

-Tú sabes que la mala hierba nunca muere. –siguió Elisa.

-¡Cómo vas a creer!

-Así es. ¡Pobre La Churrucucú! Es una lástima que no haya sido el segundo, porque aquel sinvergüenza ni siquiera esposa tiene.

-¿Y de qué se fue? –pregunto Elisa.

-No lo he averiguado, pero supongo que de viejo. A esta altura del juego hasta un catarro puede meterte en el hoyo; una se muere de cualquier cosa...

-¡No digas eso, mujer!

-Una se muere de cualquier carajada.

-A lo mejor tienes razón.

-¿Y sabes dónde va a ser el velorio? –preguntó Elisa.

-Me dijo Minguita Banderola que todo lo espulga, que todo lo chismea, que lo sabe todo, que será en la *Funeraria el Buen Sueño*.

-¡Buen sueño para el dueño, porque enterrarse allí cuesta un ojo de la cara, mujer.

-Tienes toda la razón, pero los precios de *El Buen Sueño* son más razonables que los de la *Funeraria el Buen Morir* o la de *El Sueño Celeste*. Acuérdate que en el Buen Sueño te dan hasta pastelitos y te sirven capuchino –elogió Julia el menú que además incluía servicios religiosos y sonata a la salida del difunto.

-¿Y sabes de qué murió?

-En realidad no lo sé. Sospecho que del tiempo muerto... Es la enfermedad que se ensaña en los viejos y mata a pellizcos, pero mata. De lo mismo murió Tarzán, se fue King Kong y estiró los caites Charles Atlas; él colmo de colmos es que se llevó en el alma al come años de tu tío Napoleón que se las daba de eterno –estalló Julia en carcajadas.

-Así es que no sabes de qué murió.

-Dicen que de calambre en el pecho –respondió Julia.

-¡Qué raro! ¡Y yo que creía que los calambres en el pe-

cho sólo daban a las niñas viejas o las viudas!

-¡Qué va, mujer! ¡En los hombres es peor, hasta los mata! –aseguró Julia-.Y si no que lo diga Fabián, agregó fingiendo una risita nerviosa.

-Gracias, Julia. Desde la mañana, cuando vimos la nota en la tele, hemos estado pendiente de tu llamada. Marcamos el teléfono del muerto, pero nadie contestó –dijo Elisa-. Por allí nos vemos en el velorio.

-¿Sabes donde al fin será? Si no lo sabes te lo confirmo luego. A lo mejor es la Funeraria de Bertoldo Papa Dulce, porque son parientes –dijo Julia.

-Nos veremos allá para que me cuentes detalles –dijo Elisa.

-Tendremos tiempo de hablar.

-Bueno, mujer. Hasta Luego –dijo Elisa una hora más tarde de haberse iniciado la llamada.

Entre la bruma de recuerdos, mientras se anudaba la corbata, Juan visualizó la imagen optimista de Fabián irradiando confianza, matizada con su clásica sonrisa que hasta incitaba deseos de imitarle. Le pareció una mentira que se hubiese ido. Acudió a su memoria aquella vez que con mordaz irreverencia se habían referido a lo inevitable del viaje; las posibles facilidades del infierno y la hospitalidad del diablo. Se preguntaron en tono de sorna si el tal Satanás era el clásico anfitrión, que reservara un lindo cupo en el caso que San Pedro negara la entrada al cielo e indicara que el hospedero de cachos estaba más adelante.

Recordó que hacía apenas unos días había encontrado a Fabián frente al mostrador de la farmacia. Se saludaron como siempre. Luego como una cosa de rutina hablaron en

tono burlesco de la famosa lista médica que mostraba al farmacéutico. Por ello, al escuchar la noticia que había muerto Fabián, Juan quedó emocionalmente impactado; pues el amigo querido estaba entre los últimos en lista personal de los viajantes. Se dijo que cómo era posible tal cosa, si el aspecto de Fabián gozaba de una presencia halagadora: optimista y sus sólidos músculos que aunque marcados por irreverente otoño, aún mostraban indicios de haber levantado pesas y pesos. En la imaginación, Juan escuchó su aullido de karateka junto a su voz de león, de tal suerte que lo hizo pensar que si alguna vez Juan muriera, sería de aburrimiento.

Y fue enorme sorpresa para los cuatro dispersos y pelados que quedaban del grupo, pues ya se habían ido hombres como Tremebundo Báez: aunque calvo con torso de león, empuje de toro salvaje y evidente figura de ser mejor escudo defensivo en el equipo de fútbol; y había seguido Fabián con tantas cualidades y atributos a su favor; y como dijo, olvidaba quiénes aún quedaban para contar el cuento: murió como pajarito al filo de la tempestad, sin siquiera decir, este pico es mío.

En la hablantina del velorio, los del grupo que ya éramos apenas cuatro, no estuvimos muy de acuerdo que tanto Ulises, como Tremebundo Báez, hubiera perdido el juego metiéndose un autogol. Y que ahora Fabián saliera con igual cosa.

Se acercó al ataúd. Era una reacción extraña la que experimentó esta vez.

Jamás había intentado acercarse siquiera dónde estaban los ataúdes. Y menos si se trataba de difuntos conocidos. En materia de ver muertos, sólo había visto el féretro de su madre; y ello por justa y llana razón que era

parte de sí mismo lo que llevaría al cementerio; y a la que quizá no volvería a ver nunca más, a lo menos sobre este planeta.

Dentro del ataúd, Fabián daba la sensación de estar placenteramente quieto, o dormido, apoyado en engatusada presencia de vivo: se notaba tan campante como si se burlara de todo el mundo. Y como el pragmático Tito Briceño dijo cuando llegó a los setenta y tantos: "Ya ven, burlé la lista. Lo cierto es que uno ignora cuando viene lo mismo que cuando se va". Después de los setenta y tantos diciembres, como justifican los cazadores diletantes el final de una jornada de caza fallida, quien está en la lista de espera puede decir igual que ellos: de lagartija para arriba todo es cacería.

A los noventa otoños, cuando casi no quedaba nadie ni nada de la *guardia vieja*, como refieren quienes han sido militares, con cualquier fortuito resbalón en la cáscara del tiempo, Prudencio se fue de espaldas en la cama, cerró los ojos y no le quedó un segundo para despedirse. Según relato del compañero cura y confesor, el amigo no lo hizo en esta ocasión, por su acelerado viaje, pero sí, el cuarto esposo de doña Luz Traviesa había muerto en paz consigo mismo y con la iglesia. El día anterior había entregado al padre Tutín, la cuota que había ofrecido para comprar los juegos pirotécnicos para la fiesta de San Marcos.

Y como el tipo era aficionado al box, volvía a quedar enredado en regresión del tiempo. Haciendo memoria, a Juan le pareció que fue durante la pelea de box entre Castillejo y Vargas que se percató cómo venía reduciendo la lista de los viajeros, porque al buscar a los antiguos camaradas que con cita o sin ella se veían en el estadio, en la ocasión no conocía a nadie, y nadie conocía a él.

“Esta no es la pelea de Castillejo ni de Vargas, sino mi propia pelea” -pensó Juan-, me siento como en un desierto. Y lo luego lo hizo saber a Aurora.

-¿Por qué dices tal cosa? –contestó la mujer.

-Porque veo a todos lados y no hay personas de nuestro tiempo esperando en las silleas –dijo Juan.

-Ya lo había notado –dijo Aurora-. Y tú continúas con lo mismo. Olvida esa canción.

-En este cataclismo de la edad somos una especie de sobrevivientes –dijo Juan.

-Lo que soy yo, no me quejo –respondió Aurora, pensando en los años de felicidad a orilla del pesimista quien tal vez no había sido una maravilla de hombre, pero tampoco un mequetrefe al que podía mandar al diablo sin miramiento alguno.

Después de todo no la pasaban mal, habían tenido suerte y aprendido la gran lección que la vida les había enseñado. Se dijo que no siempre se pone la copa del mejor vino en el albor de la mesa. De repente pensó en la familia de Silvio Soto que se había partido en cuatro y cada cual tomó el camino azotado por un cúmulo de desgracias.

-Yo tampoco, mi amor –afirmó Juan-. Sólo pensaba en el tiempo...

-El tiempo es el tiempo –dijo Aurora y se apoyó en los hombros del marido añorando los años aquellos en las playas de Huehueté, en donde su héroe la suspendía en el aire, dando mil gracias a Dios que estos brazos ahora más que antes seguían siendo suyos, aunque no requiriera de vuelos sino de seguridad.

La muerte de Ulises y las reminiscencias de los eventos vividos se volvieron un dilema que lo arrinconó en el juego de naipes, para matar el tiempo a punto de solitario; y en otras, con pálidas tertulias de los cuatro que iban quedando.

De pronto soñaba que estaba en el estadio, acariciando los suaves dedos de Aurora, mientras observaba filas de sillas una a una, hasta donde era posible ver. Buscaba rostros conocidos, pero no encontraba uno.

-Ciertamente. ¿Recuerdas?

-¿Qué cosa? –dijo Aurora.

-Todavía hace dos años en la pelea de Lou Gutiérrez y Tuzo Portugués, en el *ring side* estuvimos con Juan Romero. Apostamos una botella de ron a que Lou Gutiérrez vencía a Tuzo –dijo Juan.

-Lo recuerdo bien, pero seguís con la misma chochada –dijo Aurora.

-Yo gané la botella a Renzo. La de Pino no me la pagó –sonrió Juan.

-Sí, la ganaste. Siempre tuviste suerte. Ahora no hay con quién apostar –dijo Aurora.

-Si no lo has olvidado también le gané a Javier el vodka –siguió.

-En asunto de boxeo siempre tuviste suerte –dijo Aurora.

-No creo en la suerte –dijo Juan.

-¿Por qué ganas entonces?

-Porque me dejé guiar por los record, no por la estampa.

-Los que quedan de nuestros amigos si acaso ven boxeo lo hacen por la tele –dijo Aurora.

-Se van a la cama temprano. Siempre que los he llamado recurren a algún pretexto –dijo Juan.

-Lo imagino –agregó Aurora. Por ejemplo: que tienen algún problema con la próstata, o la artritis; la presión arterial o cualquier otra dolencia.

-No son pretextos. A la altura de los setenta o más esa es la pura realidad.

-Quizá –dijo Aurora.

-Pretexto es el aburrimiento. El aburrimiento produce cansancio, es el mejor aliado de la tristeza. Y ahora recuerdo, como decía mi abuelo que murió en los linderos de alcanzar el siglo: no hay experiencia más difícil y abrumante que el aburrimiento.

-¡Suerte la nuestra! Es un don del cielo que todavía nos permita venir a estas cosas –dijo Aurora. Ahí tienes el caso de Samuel Martínez que tanto gustaba del boxeo, cuando lo invitaste salió con que no podría venir porque lo tenía noqueado el ciático. Alejandro Cortés que había amanecido con una tos de perro, y le hacía peor el sereno; José Calero que no se atrevía a manejar de noche; y Pedro Palacio que mejor se metía en la cama porque estaba cansado y se moría del sueño...

-O de aburrimiento –dijo Juan-. Porque Sofía andaba viendo a los hijos que viven en Nueva York.

-A lo mejor –dijo Aurora.

-Nosotros sí que tenemos suerte –dijo Juan- pues todavía vinimos al boxeo y soy capaz de conducir el auto de

noche. No sé cómo llamar a esto. No tengo la menor idea, Elisa, pero viéndolo bien, la verdad es que a esta altura somos una especie de sobrevivientes.

-¡Qué jodes con ese boxeo! ¡Dijiste Elisa! ¡Recuerda que me llamo Aurora! No vengas con el cuento que te está fallando la memoria.

Juan quedó pensativo y prefirió no excusarse.

-Perdona que de pronto pensara en Elisa.

En medio de reflexiones sobre la vida y la muerte continuaron recordando al amigo, al excelente compañero viajante que jamás les había fallado en los momentos precisos. Con temperamento fantástico disfrutó de la vida y se burló de la muerte, expresando que la Parca podía golpear las puertas de su casa el día que le viniera en ganas, y no lo cogería desprevenido. Era un tipo especial, y repetía usualmente que jamás le había temido a la muerte.

-No me digas que no llamaste a Pancho –volvió la mujer con el asunto de los ausentes.

-Lo hice, pero salió con el mismo pretexto de Pedro Martínez: le dolía el ciático –dijo Juan.

-¿Cuántos años de edad tiene Pancho? –preguntó Aurora.

-Debe de andar por los setenta.

-Pienso que tiene más.

-Yo creo más bien que tiene menos aunque parece que tuviera más –dijo Juan-. No olvides que la vejez no sólo es asunto de edad sino de mente: si te consideras viejo eres viejo; si crees que vas de viaje, es que te montarás en el platillo volador buscando la otra dimensión.

-Algunos son así de nacimiento –dijo Aurora.

-Así parece ser. Por esto es que a los años hay que entretenerlos con cualquier pretexto, porque si no los pintas a ellos –como dicen los pintores- ellos te pintan a vos... y sanseacabó, agregó con un suave apretón de manos sobre los muslos de Aurora.

Iba y venía pensando en otra cosa. Tañidos de gong, pregón de vendedores de cigarrillos y cervezas, había llegado el final de la primera pelea entre *Kid Gallito* y *Lombriz de Leche*, dos encarrujadas promesas del box que a simple vista parecían sin futuro. Además del alboroto de los fanáticos en las gradas y los improvisados sabios del boxeo dando lecciones sobre el oficio, aunque jamás se hubiesen calzado un guante: el gancho de izquierda al hígado; el cruzado de derecha al mentón... vamos, marica, usa ese *jab*... ese *jab*... Juan pensó en Pancho, pues cuando le vio la última vez, le pareció propenso al *knock out*.

Y claro está, aunque estaba con Aurora, Juan seguía ausente y continuaba en la velada de box sobrecogido por misma sensación de soledad que vivió el sábado anterior en el Centro Comercial, mientras daba tiempo a Aurora, que escogiera tinte para el cabello, la famosa crema de sábila y un truculento revoltijo de algas orientales y miel de abejas africanas, recomendables para contrarrestar tímidas, pero escabrosas arrugas del rostro que le erizaban los cabellos.

No recordaba exactamente que lo motivó, quizá la experiencia desoladora de pensar en Pepe, el toro; Nicho Sansón, Beto Silva, Tavo Reyes, José María López, Carlos Somarriba, Chema Zavala, Antonio Morales y otros más que se habían hundido en los laberintos de la memoria. La vez que estuvimos con Luis Cuadra le ocurrió preguntar por

compañeros que con desgracia del terremoto y la tragedia de la guerra civil, habían desaparecido.

-Ha corrido tanto sentimiento bajo el puente de la amistad y el tiempo que se nos confunden los nombres —Juan recordó en lo que insistía Luís.

-Y como pensaba Bernabé Pelayo, que se había ido hacía ratos, era un hecho que el grupo pertenece a una solitaria diáspora de sobrevivientes.

-¡De qué hablas, mujer! Los sobrevivientes somos nosotros.

-Cierto. Tienes razón. No sé qué estoy diciendo.

Juan rememoró una de las complicadas esperas recostándose en cualquier respaldar. Se sentía más que satisfecho, abstraído y fascinado, acurrucado en su obsesionante manía de ver rostros, rostros, y observar rictus; un enigmático paseo mental que había vivido acariciando en una confusión de abstracciones en donde la infinitud de Dios llena al hombre.

Se dijo que la fisura generacional en el tiempo no dejaba espacios para nada. Y rememoró la ineludible oquedad otoñal en que el devenir existencial tomaba vertiginoso. Entre los que quedaban del grupo llegaron a la conclusión que en el cruce de la marea de setentaria, comenzaba el juego final con la arenosa o sumisa expresión del *Ya se fue...* Y como corriente de lava que se derrama y extiende sobre las faldas del volcán en erupción, y caía sobre quienes todavía éramos, la hilarante aunque terrible amenaza de Ulises: si me voy antes que vos, te vengo a llevar.

La obsesión del viaje le hizo caer en el juego escatológico sarcástico de seguir buscando rostros de compañeros en

misas dominicales, capa de toretes, cinematógrafo y fiestas de cumpleaños a que eran invitados hijos de los hijos; o del amigo a quien no podía soslayar. En cualquier de estos sitios merodeaba el sobreviviente fantasma de la edad, olímpicamente estirado; cruel en ocasiones, redundante y chancero en otras, pero siempre tan campante y sugerente como impresión sobre la botella del escocés.

-Y los que quedábamos a esta altura en el juego del tiempo, sólo podíamos encontrarnos en misas de amigos difuntos; o asistiendo a funerales de algún vecino o viejo conocido –recordaba y repetía Aurora, las frases que soltó Luís Perdomo antes de salir de viaje.

Juan medio vivía convencido que a los sobrevivientes, lo único que quedaba para viajar con la conciencia tranquila era: no faltar a éstas, porque sería como si embarcara antes. Así a lo menos te veían y decían que no te habías ido. Además esta práctica social era necesaria para llenar instancias de soledad, y tener de vez en cuando un cruce de espadas verbales con viejos amigos que permanecían afebrados tras los aldabones de la rebeldía, viviendo un tiempo casi muerto. En intermedio de cierta vaciedad mental, alguien había muerto.

Se atusó el bigote frente al espejo. Palpó los brazos y perfil del rostro. Se dijo que todavía era el mismo Juan. Sobre sus músculos –según él-, parecía no haber entrado el tiempo devastador que todo lo arruina. Los bíceps –también según él-, aún lucían rollizos, bastante fuertes y aceptables para un tipo en los setenta y tantos; y sus ojos estaban vivos, atractivos –por virtud del mismo que pensaba que lo llevara-, aún tras la timidez encrespada con fondo de cataratas.

-¡Aurora!

-¿Sí, Juan?

-Podemos irnos al funeral cuando quieras.

La sorprendió enrollada en una lucha de gladiadora poniéndose los zapatos en el extremo de la cama.

-¿Qué fue lo que mató a Ulises? –siguió Juan.

-Un calambre –dijo Aurora.

-Bueno. La verdad es que uno se puede morir de cualquier cosa.

-Creí que los calambres no mataban –dijo Aurora, pujando en una denodada lucha con las medias.

-Pues matan –dijo Juan, y volvió a preguntar por la hora de salir hacia la funeraria.

-¡No puedo salir desnuda...! Además, Juan, por favor, no te alteres, querido

Juan, que los difuntos pueden esperar.

-Dios lo quiera –dijo Juan, carcajeándose.

Continuó anudándose la corbata, dándole vueltas en la cabeza al sorprendente suceso de la muerte de Ulises, recordando que cómo todo lo hacía guasa y lo embromaba, siempre tenía una salida para la ocasión. Acostumbraba llevar la libretita en la bolsa de la camisa o del chaleco, con una lista de chascarrillos de todo calibre y tamaño. Y ahora resultaba que lo había matado un calambre, era algo tan ridículo que hasta parecía chiste. Recordó a Ulises cuando comenzó con su *No hay dos*, su original empresa de productos de limpieza popular, fue buscando mercado para su famoso *Diablo Ardiente*, al darse cuenta de lo bien que funcionaba el revoltijo de hipoclorito de sodio con soda cáusti-

ca con que se atrevió experimentar destaponando el servicio higiénico que se había atascado de mugre en el galerón alquilado donde inició el negocio.

-¿A qué hora dijiste que saldríamos para el velorio? -preguntó Juan, echando un vistazo a la esposa que seguía haciendo insólitos esfuerzos sobre la punta de la cama para ajustar las medias elásticas que le llegaban al estómago.

-A la hora que quieras –respondió Aurora jadeando.

-Yo ya estoy listo –dijo él.

-Yo también –dijo ella y siguió sudando la gota gorda, luchando contra el elástico.

-Ya lo sabía –dijo él.

-Sabías ¿qué?

-Nada –dijo Juan y entró al baño a terminar de reírse. Luego se dio cuenta que no sabía de qué se había venido riendo. Había notado que desde hacía más o menos un año había comenzado a experimentar las primeras fases del olvido.

Al entrar a la funeraria saludó a la esposa expresando sentimientos de dolor. Vio que los asistentes que habían llegado a los servicios fúnebres se podían contar con los dedos... y todavía sobraban dedos. La razón era obvia. Ulises no había sido ministro, diputado o alguien ligado a algún pregonero del poder. Se había ganado el pan como profesor de física cuántica en la universidad, y así vivió feliz durante cierto tiempo con una esposa y tres hijos: Humberto que se lo llevó la mentira revolucionaria en la década de los ochenta; Emérita que estaba entregada al servicio de Dios en una orden de misioneras; y Ulises que residía en Finlandia, al otro lado del mundo. Sin embargo, había permane-

cido fiel a la causa, y aparentemente resignado luego de la pérdida de Humberto, aunque quizá no lo fuera. Ulises era un hombre sin dobleces ni tapujos que sabía disfrutar en los encuentros con el grupo.

Juan rechazaba acercarse a los cadáveres. Disfrutaba con los vivos y nada quería saber con los muertos acurrucados en sus ataúdes, forzosa y friamente sonrientes con el clásico olor a hospital: formalina, éter, coronas y fúnebres ramos con fragancia de cipreses, que entrando por la nariz se agriaban en el estómago.

-Ven. Vamos a verle –dijo Elisa, la viuda.

-No –dijo Juan-. Ve vos, si lo deseas. Yo no veo muertos, agregó al oído de Aurora.

-Vamos, hombre –insistió Elisa

-He dicho que no –dijo Juan, siempre en el mismo tono de voz, en el preciso instante que llegó otra viuda sollozante, y apoyó su rostro en el hombro de Aurora.

-Ven a verlo, Juan. Vos fuiste su más fiel camarada, el mejor de los amigos que tuvo –dijo Elisa.

Dio un paso adelante. Al frente iba Aurora, luego Elisa Segunda y él detrás; entraron en la pequeña capilla mortuoria. La esposa rompió a llorar, pero Aurora quedó asombrada contemplando el cadáver de Ulises.

-Míralo –dijo a Juan-, no parece que estuviera muerto, sino que dormido.

Elisa Segunda levantó la ventanilla de cristal del ataúd y acarició el rostro del muerto. Le dio algunos toques de polvo con el pañuelo y borró de los ojos dos leves rastros de lágrima.

-¿Verdad que parece que duerme? -dijo Elisa Segunda, viendo a Aurora. Al cura de la parroquia de San Antonio fue lo primero que le ocurrió decir: *parece que duerme...* Pasa, pasa, Juan, lo haló del saco.

Con la insistencia de la viuda ¿cómo podría justificar que no le satisfacía ver los cadáveres por muy emperejillados que estuvieran? Se sintió moralmente obligado a dar el paso adelante. Y claro, allí estaba Ulises, sereno, horizontal, sonriente, como si no hubiera muerto; y aunque lo vio de reojo, experimentó la sensación que en el fondo del cajón el muerto abría los ojos y extendía la mano como agradeciendo la despedida. Inconscientemente extendió la suya dándole un apretón doble como era costumbre del colegio. Fue cuando vio reflejada en la mirada de Ulises la amenaza del viaje: *Si me voy antes que tú te vengo a llevar...* recordó que le había dicho. De súbito sintió un extraño dolor en el pecho. Dio media vuelta y enjugó el sudor de su rostro.

-Vamos de regreso a casa -dijo a Aurora.

Y salió de la funeraria como alma que se lleva el diablo.

Huehuete. Septiembre 2011.

UN ASUNTO DE HONOR

Pronto aparecerá, dijo Calixto García. Juró que vendría al amanecer y creo que viene. Sonrió con cierta tristeza viendo la entrada del llano.

Se limpió los ojos con el revés del puño. Todavía sentía cierto escozor de la noche. Le había puesto tanta mente al asunto del duelo, que la vigilia lo llevó dando tumbos hasta la madrugada con la preocupación del mal pensamiento en el alma de un hombre bueno. Le pareció que había comenzado a dormirse con los primeros cantos de los gallos en su casa y las réplicas de los del vecindario. El se había acostumbrado a escuchar los gallos porque dormía como un tronco, como una boa. Pero en esta ocasión fue distinto, con tantas cosas desagradables que tenía que recordar. Con los pensamientos que había tenido, de la nada le valió que hubiera dormido como Dios manda toda su vida. Y una era exactamente porque el fuera un falto de experiencias. ¡Qué va! En su historia tenía verdaderas hazañas de valor. Por ejemplo, en sus días de patriota revolucionario al lado del general Amamerto Fuertes, caudillo de los conservadores; y durante esa derruida paz de que hablan los dictadores en los tiempos de persecución de los enemigos políticos, cuando le tocó enfrentar a las despiadadas patrullas de Zamora. Pero, esta ocasión era otro el caso, y éste constituía su verdadero problema. Según su manera de examinar el asunto, este algo le traería disgustos, insatisfacciones de conciencia: un persistente hormigueo que no lo dejaría tranquilo por el resto de sus días.

Se preguntó si acaso no se estaba volviendo loco, o pendejo; lo de acuerdo a su criterio sería peor aún, porque

las suyas eran sensaciones que jamás habían tocado los linderos de su orgullo; de su gran decisión de hombre capaz y valiente.

Pero uno no sabe –se dijo con cierto temor y disgusto-, hasta dónde los huesos cambian y el miedo se apodera del hombre viejo. Pero volvió: ¿Temor a qué? Y respiró tan fuerte que le vibraron las aletas de la nariz. Resopló como uno de esos potros salvajes que otean el peligro de inmediato, y alzan el pescuezo y relinchan listos para conjurarlo. Pero él no era ningún potro salvaje que pudiera hacer prevalecer su poder contra los otros de la manada, sino sólo que un hombre viejo con un inmenso amor por la casa, la quietud y el salobre otoño de la existencia.

2

A él no le importaba morir. De ello no le cabía la menor duda. Lo que sí le importaba era su orgullo, su casa, su casta. Porque primero es el honor, la familia. Era su pasión, como su religión en donde Dios comenzaba a tener vigencia, aún cuando no estaba muy seguro desde dónde, ni cuándo fue la primera vez que vivió la experiencia de ese Dios permanentemente suyo, familiar, que le hacía vivir en paz consigo mismo y con los comuneros del llano. Y de esta paz y tranquilidad que había disfrutado hace ratos, ahora se veía enturbiada por esa repentina lucha con el diablo tras la sofocante incitación a la ira y todo lo que ella trae.

Era extraño. Pero desde que llegó a la parte alta del cerro, el sitio justo señalado para el duelo, se sintió sobrecogido por una silenciosa comezón que le hizo sentir como si tuviera alas. Y tuvo desconfianza de esta sensación. Cuando alzaba los brazos y examinaba en todo lo largo que eran, como si estuviese haciéndolo con el calibre de un fusil, dudaba de sus fuerzas; de si podría sostener el machete el

tiempo justo, necesario en el combate. ¿Quién lo sabrá?, saltó la pregunta en el aire. Y se quedó como mirándola, cual si fuera una pelota de béisbol que sale volando en las profundidades del estadio. Calixto tenía la idea de que veía las palabras, las hurgaba por dentro, las acariciaba y las podía retorcer, si ese fuera el objeto de su deseo. Claro que el viejo no hablaba en términos literarios, que de letras no entendía nada, pero sí en sentido oculto, misterioso de los fenómenos del campo que no tienen lógica explicación, pero que resultan y se ponen en práctica con frecuencia. Y luego de la búsqueda de una respuesta que no llegó jamás, escurrió la mirada por el lomo de los cerros en donde los rayos de un sol mañanero hacían sonajas iridiscentes con las espigas de los cañaverales.

Y se quedó pensando.

Había que ser sincero, realista, para poder medir las consecuencias. Pero, ¿qué consecuencias? Sólo había una manera de lavar el honor: enfrentar las cosas con hombría. Y se confortó a sí mismo: no importa si él me mata; así a lo menos habré muerto por defender mi honor y mi nombre. Pero, ¿y si yo lo hiciera?

Hubiera querido ser más joven, casi un adolescente en este caso del muchacho. Y no siguió pensando más, porque la sola idea le aterrorizaba, le llenaba el corazón de tristeza. Y ahora ya no contemplo los estallidos reverberantes de las sonajas mañaneras, sino que sus propios músculos, su arrugada piel y los repetidos nudos de sus arterias, en que la sangre parecía cansada de fluir sin parar, como esas quebradas que antes fueron ríos y que las fue secando el tiempo.

Definitivamente no era el mismo.

Pero que extraño, se dijo, si hace apenas pocos días yo no pensaba en este asunto; no me detenía a explicarme estas cosas. ¡Ah! ¡Pero todo en la vida cambia! Uno no sabe cuándo, pero todo, todo cambia. Uno mismo cambia. La existencia es un cambio permanente, algunas veces fatal.

Bueno. De todas maneras estoy aquí. Esto es para mi mal o para mi bien. Pero lo primero es el honor, la familia, pensó en la avalancha de su obsesión. Yo diría que este sentimiento es un punto de referencia exacto en el compartimiento del amor. Eso es a lo menos en cuanto a mí mismo toca, aunque me atrevería a afirmar que nos abarca a todos... o casi a todos.

Sostenía mi padre que cuando la familia se separa se diluye el amor; se diluye la sangre. Parece una tontería eso de pensar que se diluya la sangre, pero algo veraz deben tener estas reflexiones en el fondo, porque se han visto cosas muy tristes en estos días.

Si no fuera porque sólo estoy conmigo mismo, cualquiera me echaría en cara mi miedo; y lógicamente, esto me obligaría a sentir vergüenza. ¡Ya siento vergüenza! Algo le cosquilleó en su interior y pareció despertar, porque era como si una mágica ensoñación estuviera estropeando su realidad. Se le llenó el rostro de rubor porque ya estaba olvidando el duelo. Entonces, volvió la vista al camino que daba a la entrada del llano en donde esperaba que apareciera el muchacho. Luego, haciendo como un examen de sí mismo, se preguntó con cierta intención que no sabía qué fuese: ¿Qué sería de mí si me hiciera el pendejo, el yoquepierdista? ¡Tal vez viviría un poco más!, se respondió avergonzado. Pero ¿para que puede servir que un viejo viva un poco más si no da el ejemplo? El tenía fama de ser espejo de hombría de bien, a quien debería rendírsele el sombrero.

Pero sintió que esta vez algo le andaba fallando.

Se preguntó por la hora. Desde que llegó al lugar del duelo el tiempo transcurrido le había parecido un siglo. Luego se corrigió: Tal vez no fuese nada. Pero ¿quién podrá medir otros tipos de tiempo? El tiempo de la ansiedad; el tiempo del amor. Claro que nadie. Y sonrió cuando notó que el sol apenas comenzaba a desplazarse sobre el cerro del fondo. No recordaba exactamente cuántas veces había visto subir el gran círculo dorado por ese mismo lado; y mientras lo hacía, tuvo tiempo de asociar que ciertamente era temprano y que el muchacho estaría en camino. Se le ocurrió que se mantenía como un perro dando vueltas alrededor de su pena, y que algo debería estar fallando en su interior, en su hombría, porque se sentía flojo de fuerzas y sólo tímidamente dispuesto a enfrentar el asunto. Se juntaba dentro de su alma las ráfagas de coraje y las de ansiedad.

Pensó en los consejos de quienes le testimoniaban su amistad, su hermandad, como era la costumbre entre gentes de cepa. Pero se preguntó si la reflexiones de Gumersindo, quien era como su hermano de leche; y en tantas alegrías y penas lo había acompañado, no eran acaso una manera de sugerirle, de decirle en otras palabras que ya era un hombre viejo y sin fuerzas. Y un centenar de ideas más acerca del orgullo, de la buena fe, continuaban tamborileando en sus sienes. ¡No! ¡No puede ser!, reaccionó con pasión, con un ardor que llenó sus ojos de lágrimas.

¡Entre más viejo un hombre, más a prueba debe estar su honor! ¿Por qué diantre alguien te va a echar al suelo lo tuyo, lo que formaste con tu propia sangre?

Se asomó por encima del cerco para apreciar mejor el camino e insistió en ver sus músculos; darles vuelta con los ojos como si fuesen un objeto. Recordó haber escuchado

algo sobre el miedo... o la prudencian, como le llaman algunos. ¡Ah sí! ¡Ya recuerdo! La sangre del potro huye de sus ojos cuando éste se espanta y tiembla; y la vaca no da leche; la ubre se le cierra como con llave. Reflexionó sobre las pesadillas que lo habían atormentado las últimas noches. A través de ese misterioso contubernio entre el miedo y el honor, sospechó que algo había mordido su piel, lo había penetrado y había quedado dentro. Ya no soy el mismo Calixto, se lamentó. Tengo mis dudas si siempre fui así, o es sólo la emboscada que me tiendo a mí mismo, porque todo comenzó con la ofensa de ese muchacho, de ese sin madre.

Se sentó en cuclillas y comenzó a escribir en el suelo un nombre de muchacha:

Flor de María. Sonrió amargamente mientras borraba la parte superior de la efe que sobresalía en forma antiestética y le quitaba gracia a la intención. Juntas la efe y la ele parecen un saltamontes, susurró; y yo lo que pretendo dibujar es el nombre de mi muchacha, y no algo que parezca otra cosa, sonrió. ¡Ah mi muchacha! ¡Cómo cayó con ese pendejo! Sintió que entre sus rugosas mejillas las lágrimas dibujaban un camino; y una serie de puntitos de Dios sabrá qué cosa, hicieron cambiar el color de su cotona lila dominiguera. Se imaginó él, de cuerpo entero, como si estuviera viendo la reflexión la reflexión de su imagen frente a un espejo; o viviera un ensueño de escenas reales sorprendidas.

3

Si me hace morder el polvo lloraré de rabia, y si salgo triunfante lo humillaré. Haré que me pida perdón. Se mordió los labios Poniéndose de nuevo como un tigre al asecho de la presa, volvió la vista al cerco. Ya debiera estar aquí, se dijo. Por lo alto del sol son como las seis. Ya a esta hora

alguien debería estar muerto, tieso bajo cualquier condición hasta que lo decida el vencedor. Y agregó en voz alta, mirando directamente al astro: ¡Qué cosas! Cualquiera pudo haber escogido esta mañana para arrear el ganado a una capada, o para montar un buen potro y correr por el llano. El resto de lo que extrañamente quiso expresar no lo dijo, sólo lo pensó. Y continuó: ¡Qué bruto es y qué injusto! Pero alguien debe comenzar a derribar esta selva en la que se ha convertido el pueblo con este hombre. ¡Nos ha humillado a todos! Lo repitió varias veces, seguro de sí mismo, como si hablara a un grupo de ciudadanos en el centro de la plaza; o en las audiencias del juez; o dentro del despacho del comandante. Estaba tan obsesionado con su dolor, que tuvo la certeza de que el asunto suyo era un problema público, de la comunidad, y en el que todos los vecinos deberían estar involucrados, transformándose en justicia y condenación de aquel vergonzoso delito.

El honor no tiene precio. Esta localidad me vio nacer. Aquí están enterrados los huesos de mis padres, y ellos son el sostén de nuestra honra. Con su ejemplo he construido lo que yo llamo mi Castillo Encantado. Y desabrochándose la parte alta de la cotona, se colocó el puño cerrado sobre el pecho, a la altura del corazón. Le haré que se incline ante mí; lo pondré de rodillas y lo mataré. No existe otra forma de hacer las cosas para borrar esta afrenta. Ese desgraciado ha humillado lo mejor de mi sangre; es como si me hubieran cortado un brazo, porque desde aquel ruinoso día me siento manco y la infelicidad me quita el sueño.

De pronto había venido sintiendo como que una corriente de valor, de temeridad, se le hubiese metido en todo lo largo de su espalda y se le agolpara en la frente y en el corazón. ¡Ah! ¡Qué bueno que es Dios!, respondió confiado, tratando de atar la fe a su espíritu de hombre herido, de

vengador. Podrán decir cualquier cosa de ti —señaló al ser en sí mismo, que de pronto había reaparecido—, pero no que eres un cobarde, o un traidor, porque eso de olvidar el vínculo sagrado de la sangre, es avergonzarse de ella cuando la sangre tiene su precio. ¡Es como traicionarla!, repitió, sentándose de nuevo en cuclillas y continuando la escritura en el suelo: Es mi Princesa.

Pronto vendrá. No importa que tarde un poco. No permitiré que falte a la cita porque él es la única medicina que tengo para curar mi angustia; y si no viene, lo perseguiré hasta el fin del mundo.

4

Le latió el corazón a prisa.

El caballo relinchó oliendo el aire desde donde le llegó sudor de hembra. El polvo del camino se alzó en pequeñas oleadas a todo lo largo de la alambrada, y se volvieron perceptibles los golpes de cascos atravesando el puente. Se sacudió los hombros y alzó la cabeza como el felino que otea la presa. Luego se reclinó en sí mismo e hizo un registro de los brazos hasta donde tenía arremangada la camisa que le había obsequiado su Princesa en Navidad. Se la había estrenado con amor, tal y como se lo prometió: en un día importante. Y por si no tenía tiempo más adelante, escogió el del duelo, que de allí al futuro si quedaba algún otro, ya no sería especial. Fue lo que pensó Calixto.

Sonrió. Siempre sonreía cuando estaba a solas ante lo que parecía un problema sin solución. Sonreía, como burlándose de sí mismo, como echándose en cara que algo andaba mal, y no precisamente por su culpa. Ahora, más que nunca, estaba convencido que la vida era capaz de tenderle una emboscada aún al más pintado cuando menos se lo

esperaba. ¡Ah! ¡Están arrugados y viejos como las ramas del chilamate carcomidas por los parásitos!, dijo en voz alta, hablando de sus brazos como si estuviera respondiendo a alguien. Se percató que le temblaban las piernas, y las uñas de las manos estaban blancas, sin sangre. Dudó de su vigor físico, pero no de su carácter, su hombría, aunque pensó que algo le andaba trastabillando en su interior. Quedó observando al caballo que se movía inquieto junto al cerco. Se le acercó hablándole a la orilla de la oreja: Te vas a quedar solo. Viéndolo de frente y acariciándole el copete coquetamente rasurado, descubrió su alargado rostro en las pupilas del animal. El gran rostro enorme y el resto del cuerpo que se alargaba hasta tocar un punto en el suelo. ¡Qué idiota eres! ¡En lo que te fijas al borde de la tumba!, le protestó a su propia imagen y sonrió. La bestia resopló las narices y dio unos golpes con el casco derecho, como una respuesta a la voz del viejo, como si hubiese percibido algo.

De pronto vio que la polvareda en el camino se le hacía más cercana. Podía respirar el olor a tierra húmeda por el rocío de la madrugada. ¡Qué cosas!, exclamó en voz baja. Comparó mentalmente el tropel de la bestia en que el muchacho montaba con el redoble de un tambor, y recordó los fusilamientos en el Cementerio del Apóstol durante las guerras facciosas entre los liberales y los conservadores. El también había dado algunos pasos hacia el paredón, pero en el último momento había sido perdonado en última instancia, no tenía idea ni por qué por el jefe del pelotón de fusilamiento. ¡Tambor es prelude de fusilamiento!, le dijo al animal, y continuó viéndose retratado en los ojos del bruto. Primero, no lo podía evitar; más tarde le entró curiosidad al ver el punto en que terminaba su cuerpo. ¿Qué dirías si me muriesen? La noble bestia sacudió la crin como si estuviera entendiendo. El viejo tenía la certeza de que los animales

presienten los estados anímicos del amo, y por ello no le sorprendió la reacción de Blanco. Apenas eres un salvaje domesticado, agregó, acariciándole el cuello, y buscándole uno que otro mazate en las ancas para salvarlo del bicho y destriparlo entre los dedos.

-Vamos —creo que llegó el momento —dijo entre dientes—, porque oyó chirriar el pivote del portón del potrero, y el caballo relinchó una vez más, golpeando la grama con los cascos.

5

-¡Ajay! ¡Ajay! ¡Aquí estoy, viejo pendejo!

El grito amenazante, de reto, llegó con claridad a poca distancia del viejo. Giró sobre sus pies y vio asomar el rostro del muchacho por entre las rocas que hacían de cerco al sitio del ordeño. Fue saliendo poco a poco, como si temiera cierta acción reprochable de su rival. Pero Calixto pensó: No me conoces, sinvergüenza para que dudes de un hombre de honor, de un caballero de palabra. Y esta sola actitud lo lleno de valor, de furia. Y pudo darse cuenta con que clase de contendor debería verse la cara.

Vio acercarse al muchacho. Pensó que era fuerte. Juntaba cierta condición de buen mozo a una decidida arrogancia de vencedor. Comenzó a medirlo de pies a cabeza. He tendido a muchos pero no sé si a éste, se preguntó. Y de pronto dudo de sus fuerzas, no de su valor. Luego se preguntó si tal aprensión no tendría como arranque el hecho de que el don Juan lo hubiera golpeado primero, atropellando su prestigio, burlando su honra. Casi no veía al muchacho; se le había vuelto como una sombra descomunal, una pesadilla en un mundo que no era el suyo, aquel al que en los últimos veinte años se había acostumbrado. Tenía el revol-

ver al cinto y la cutacha colgada del hombro, esperando por lo que decidiera el fantasma; el espectro que tenía en frente. Alguna posibilidad tendría con cualquiera de ellas, que él no era un manco. Y vio que poco a poco, como en una ceremonia salvaje, el orangután comenzó a golpear el suelo, dándose palmazos con la cutacha; a enseñar los dientes y a pretender asustarlo con frases salidas de tono.

Y aquellas amenazas penetraron escurriéndose por todos los músculos y los huesos del viejo, como penetra el golpe de gong en el sistema nervioso de un intoxicado con estricnina.

-Te voy a joder, te voy a joder, te voy a joder –gritaba y se movía en su rededor haciendo gala de sus habilidades con la cutacha.

Calixto pensó que quizás más le valía callar que contestar las obscenidades con que el rufián acompañaba sus intentos de atacarle; cómo le gritaba: de ponerlo fuera de combate. ¿Para qué hablar? A fin de cuenta no quedaba mucho tiempo para hacerlo, y en cuestión de minutos se sabría quién tendría la razón: la fuerza o la experiencia.

-¡Ajay, viejo hijueputa! Y acompaño los insultos con un golpe a fondo que hirió el aire por encima de la cabeza de Calixto.

El matón siguió dando vueltas y saltos alrededor del viejo, tratando de ponerlo en ridículo; intentando jugar con él como el gato juega con su presa. Uno, dos, tres tiros seguidos, y a fondo, que se detenían en la cruceta de la cutacha de Calixto. Sintió que la sangre se le halaba en el cuerpo. Se le helaba y encendía de nuevo en una extraña transmutación que parecía suspenderle en el aire sobre la imagen y la voz de su contendor, sobre los músculos y su cutacha.

“¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡No permitas que me convierta en el hazmerreír de este desgraciado! ¡Señor: no lo permitas! Le pareció como si un gigantesco grito hubiera brotado de su interior, pero comprendió que estaba con la boca, que no podía dar alguna señal de debilidad ante el muchacho.

-¡Ajay! ¡Ajay! ¡Éntrole viejo cobarde!

-¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡No me olvides! Las últimas frases las dijo con confianza, con fe. Se percató que algo había comenzado a suceder en su interior, y se le dilataron los músculos, abrazándole un escozor volcánico que incendió su pecho, su corazón. Al instante experimentó como si no le importase nada lo que estuviera aconteciendo, más que el resultado final: la humillación total o el triunfo de su honor sobre la osadía y el desdén del muchacho.

-¡Ajay! ¡Ajay, viejo de mierda!

El insulto le llegó más sonoro, más real. Tras la ira verbal vio venir la cutacha como aspa de molino girando en el aire, y con la cruceta detuvo el golpe. Un nuevo intento le pasó rozando el hombro izquierdo, y como gamo joven saltó a un lado fuera del alcance del muchacho. El corazón le latió con violencia y ríos de sudor cruzaron su cuerpo por todos lados, bajaron por las piernas hasta los tobillos y le llenaron de humedad las botas.

“¡Ya no le temo a nada, Dios mío, pero aunque se me haya ido el temor, dame tu ayuda!”. Pensó que seguramente ya lo tenía en sus manos, porque había medido su golpe; los músculos habían recobrado su dureza y sentía clarificada su cabeza. Mas un nuevo alarido del muchacho hirió sus tímpanos y un hilillo de sangre corrió en su hombro.

-¡Ajay! ¡Ajay! ¡Ajay! ¡Aquí te va el otro!

En segundos que le parecieron siglos el viejo se palpó el hombro y apretó los puños con fuerza. La energía, la decisión aún estaba en su mente y chisporroteó con fe por todos lados, como una quema en el llano.

No me matará este maldito. No se saldrá con la suya, pensó, mientras detenía uno y otro golpe de cutacha que intentaba penetrar su guardia; demoler su instinto de conservación. El viejo seguía escuchando las amenazas de muerte que venían como un eco lejano, pero bien precisas, determinantes.

De pronto se le ocurrió pensar que aquel duelo era como un juego de cartas. El llano como una gran mesa donde los apostadores se repartían la suerte; y él Calixto García, tenía entre las manos una escalerilla en flor, o algo por el estilo. Esto es ni más ni menos tener el honor a toda prueba, se confortó. Además, el muchacho jugaba con cartas marcadas, y esto lo sabía él mismo. Ya llegaría el momento, si Dios no lo abandonaba, de ver desplomado al truhán, al desgraciado que había enturbiado su paz y colocado cadenas en sus tobillos los últimos años de su existencia, cuando el hombre busca sinceramente liberarse del estercolero.

-¡Ajay! ¡Ajay! ¡En el alma te voy a dar!, rugió el muchacho, con los ojos rojos de sangre en el centro de una gran carcajada.

Se abalanzó sobre el viejo lleno de diabólica furia, hecho un infierno, con golpes mortales uno tras del otro cutachazo. El pecho resoplando como fuelle y el arma silbando en el aire.

-¡Señor! ¡Señor! ¡No olvides mi promesa!, se mordió los labios Calixto. La noche anterior al duelo que ahora le

parecía lejana, había hecho alguna promesa al Cristo del pueblo.

-¡Toma, hijueputa!, enfatizó el muchacho.

Y de pronto, los contendores se trezaron en un cuerpo a cuerpo, en el que las manazas del viejo dieron un golpe seco en la frente del muchacho. Saltó la cutacha de las manos y tras ella lo hizo Calixto, como el tigre que calcula el justo momento de caer sobre la presa. Colocó la punta de su cutacha suspendida a escasos centímetros de la yugular, y un raro escozor de muerte invadió el rostro

Y el cuerpo del muchacho. Inmóvil permanecía como clavado en la grama, boca arriba, temblando. Los ojos casi fuera de las órbitas entre un lastimoso lloriqueo.

-¡Ajay! ¡Ajay! Por fin hablo el viejo con una sonrisa de temor, de malicia. Y quedó observando el rostro del muchacho. Los trazos de orgullo deshechos por el pánico. No era necesario escucharlo para saber que estaba pidiendo perdón ante lo que podía ser su última oportunidad. La mirada del viejo se clavó más fuerte, más incisiva sobre el guiñapo suplicante. Y aunque el filo de su acero permanecía suspendido sobre la yugular, Calixto volvió sobre sí, haciendo regresión sobre su propia existencia: sus aventuras de tigre joven, de amenaza. Y pensó que no cabía duda: ese muchacho que estaba temblando a sus pies, de alguna intención era él. Examinó nuevamente sus brazos, sus músculos. Sí. Era él: Calixto. Y dio media vuelta, montó en su caballo y se fue.

Managua. Nicaragua. Marzo 1969.

PERRA SUERTE LA DEL REY

Cuando abrió los ojos al mundo, quien sería el único y providencial vástago del loteriero y Rey de la Suerte, don Jeremías de los Ángeles Polanco, en la fe de bautismo Satanasio Canales, su mujer doña Maria de los Ángeles de la Cruz Marquetti de Polanco, en la ídem Serafina Tapia Tapia, se mantenía anegada en un tormentoso mar de lágrimas que la hacía rechazar cualquier consuelo desde por ejemplo: "hay que tener fe en Dios, Maria Providencia", "la esperanza es lo último que se pierde", hasta los halagos de trigo con leche y los tentadores dulces de Pío Quinto y boñuelos en miel rociados con vino casero y, hasta con importados de Francia, que el respetable y honorable ex-tahur ya en estos días pastor de la "Iglesia de Pablo el Otro" en León de Mesas Grandes, introducía de contrabando a cuenta de las infidelidades de la leona de su mujer, bajo cuya administración funcionaba el lucrativo complejo de mujeres de vida alegre conocido como "La Casa del Ángel", y que para matar el ocio, doña Maria Providencia había aprendido a tirar las cartas y adivinar la suerte en las líneas de las putañeras. Suponía la celestina que de este intercambio de necesidades, de tanto engañar con reyes de oro y ases de copa, a lo que las muchachas reaccionando llamaban "pura mierda", y de verse entremetida en pecaminosos cuentos, continuos disparates, infusión de brebajes e impredecibles juegos de carne, fue que concibió al muchacho que la metió en cinta cuando ya no esperaba milagros de vientre. Este episodio vino a cambiar la vida de Satanasio, quien comenzó a creerse cojonudo, Tarzán, una encarnación de Superman Tunante --como decía el cura del pueblo--, y más rejego que nunca, desde que descubrió que el ombligo arrugado y flácido

de María Providencia se le iba levantando y poniendo tilinte con cada mes que pasaba; hasta que una noche de espera, al jubiloso y estridente grito de Jeremías, nació una pelota de gelatina con ojos, achatada en la cabeza --sobre la que diez años mas tarde cargaría la olla de tamales-- y con cuatro hilachas de brazos y piernas que hicieron sentir a María Providencia la mujer más desdichada de la tierra.

Pasaron meses en las que todo el mundo como canes del barrio, levantaban la pata y se orinaban en la suerte de Jeremías y María Providencia, hasta que uno de tantos días, más que convencidos de que deberían cargar con la cruz que les había labrado el destino, cambiaron de pueblo y decidieron llevar a la pila bautismal el futuro nebuloso de la familia que comenzaba a arrastrarse por toda la casa, entre las gallinas, los cerdos y los perros flacos que habían comprado al perrero del mercado para aislar al niño de los diablillos del vecindario.

Presentación le pusieron al muchacho, que aunque zonzo como una tortuga desovando y tembloroso como un pelicano tierno, con los años se fue incorporando al corre correo familiar. En este periodo de observación paternal y de alentadoras mutaciones para las expectativas de vida de Presentación, las hilachas de las manos se transformaron en deditos prensiles y juguetones, los huesos de la mollera se le pusieron duros y menos sensibles al peligro, de tal manera que cuando llego el día en que el niño dijo: "¡Mama puta! ¡Papa maricón!", usuales expresiones de amor con las que vivía jugando don Jeremías, mientras lanzaba al niño sobre los hombros con las intenciones de sacarle un grito, aunque fuese de terror para convencerse que a fin de cuentas, Presentación no sería mudo, en menos de lo que un gallo canta decidieron cambiar de pueblo, y montando un viejo burro a--guatero que también servía de Rocinante, bajo

la percepción de que solidariamente estaban abrazados al futuro que habían venido soñando, arrendaron la bestia y tomaron rumbo hacia Jinotepe.

Ni qué decir que con el cambio de residencia también llegó el del nombre para el padre de familia : Rey de la Suerte que fue siendo conocido en los pueblos de Carazo; y que si antes, con el nacimiento de Presentación se le hacían pipi en la cara, con lo de Satanasio a Jeremías de los Ángeles, y de Serafina a María Providencia Intentaron convertirlos en excusado, llamándole a él el Profeta, y a ella la Duquesa de la Melcocha, sin olvidarse de Presentación que acosado por los muchachos de su edad y las "caritativas" beatas del vecindario cuando le pasaban diciendo cosas al oído para luego soltar la risa, le hacían reaccionar sacándose el pito y haciéndoles toda clase de señas.

-¡Ahora sí, jodido! ¡Ya tengo para quien vivir!, alardeaba el Rey de la Suerte pensando en Presentación.

Esta actitud frente al futuro también le hizo cambiar de vida. Si antes fue una cuba insaciable dándole duro al aguardiente, ahora su corazón y su esperanza eran como un remanso de dicha para pensar positivamente. En alguna parte he leído: "Si el hombre quiere cambiar, el hombre cambia", y "Todas la cosas vienen de adentro". Se confortaba con la extraña sensación del nuevo amor de que estaba saturado su espíritu con la grata presencia de Presentación. Ahora si se sentía el Rey de la Suerte y no como antes, allá en Puerto Sandino, en donde la gente se lo decía de pura burla después que en la Feria del Pueblo le descerrajaron un tiro en la cara, el día en que un avisado pescador le descubrió el truco de las bolitas.

A instancias del padre Felipe del Calvario Vigil y Bobadilla, seleccionado para padrino del muchacho, de los mor-

discos de Presentación en los muslos del cura cada vez que se hablaba delante del niño del tercer ojo que a papacito le habían abierto en la frente, y del insistente y madrugador gimoteo de doña María Providencia que se volvió más elefanta de tanto comer y llorar a todas horas, hundida en sus periodos de crisis, don Jeremías de los Ángeles se decidió por el cambio de actividad comercial y colocando

el pie derecho en el camino de la decencia vendió el toro rabón, rompió las barajas de su mujer, despedazó la rueda de la fortuna en la que aparecían el diablo, la muerte quirina, el presidente ladrón, el catrín sin un peso en el bolsillo, el juez ladrón, los dados cargados que saltaban a la mesa cuando las apuestas eran importantes y los apostadores estaban borrachos, y compró el puesto de lotería del viejo de la esquina en el que comenzó a vender la suerte, a seducir con su pregón de buhonero y promotor de juegos de azar: "¡Juegue a la lotería y hágase rico de la noche al día!" Y era casi de ley, que jamás faltaba alrededor del puesto, algún grupo de vagos o desocupados dispuestos a chismear un poco y escuchar los mullidos cuentos que con frecuencia y di-simulo hacían escapar vientos al gordo y anciano preceptor del Instituto Nacional de Varones cuando se reventaba de la risa.

Alardeaba el Rey de la Suerte que la nueva vida y la articulación de los primeros vocablos de Presentación, eran origen de buena suerte, porque había comenzado con cuarenta mugres billetes de lotería, y ahí mismo, al tercer sorteo, había vendido el Premio Gordo con el que cogió la fama que había pasado a la historia. Fue tanta la fama del Rey y tan negativas las consecuencias del apodo, que traicionándole el subconsciente, volvió a los tiempos de Sata-nasio; y además de lotería, vendió libros de magia negra y blanca, oraciones del puro, del gato negro, filtros de amor y

toda suerte de santerías con lo que los clientes embobados creían y sentían que estaban resolviendo sus problemas.

Un día de tantos, el Rey de la Suerte escuchó que a las Fiestas del Patrón del pueblo se apareció el general Satanasio Samocha, héroe del Combate del Guachapeado, efeméride memorable de la reciente historia patria, y a la famosa esquina de la suerte llevó a Presentación, lo sentó en un banco de tres patas con el rollo de billetes en la mano, a esperar la feliz hora en que el nuevo General de División --a quienes los paisanos habían preparado recibimiento de procónsul romano, embanderillando la estación del ferrocarril, simulando arcos triunfales hechos de palmas de coco, pintarrajeando a decena de guapas adolescentes, quienes lanzaban rosas y flores de sacuanjoche en las calles, en donde se luciría la arrogancia del Pacificador de las Segovias, acompañado de un gelatinoso y minusválido acompañamiento del Alcalde.

Fue un día inolvidable para la computadora pavloviana de Presentación, que desde aquel venturoso día no acarició otro sueño que no fuera el de llegar algún día a pertenecer al grupo de los hombres del Hombre: a la banda militar con los chinchines relucientes, los vistosos uniformes colorados y azules, las botas blancas mediacañas que habían venido a sustituir los caites que aún usaban los chicheros de antaño en los actos patrióticos, a los cadetes de la primera escuela militar fundada por el adelantado de la filosofía del "hombre nuevo" que ya comenzaba a perfilarse, con los fusiles bien aceitados, los kepis blancos y los uniformes del mismo color, las charreteras azules, el cinturón de roja seda con ribetes negros de terciopelo en los puños de las chaquetas y los lados de los pantalones; o quizás más aún, al grupo de privilegiados que tenía el laborioso cuidado del caballo del Presidente Samocha, al que limpiaban la baba, daban de comer confites

y le colocaban en la nariz partículas de pimienta en polvo para que resoplara, se encabritara, ofreciera la estampa de un Pegaso árabe de pura estirpe, golpeando el suelo con los cascos, sacudiendo la cola, escuriendo la baba, a fin de que el Héroe de la Mojarra y El Guachapeado luciera más general, más jinete, más salvador del pueblo, más mesiánico y casi como llegado de otros mundos.

Los vivos, la música de toros, el espectáculo maravilloso de su llegada en tren y de su breve paso junto al toldo mágico del Rey de la Suerte, fue definitivamente lo que cambió el destino de Presentación.

--¡Viva el general Satanasio Samocha! -gritó Jeremías Polanco al paso del héroe. Lo había hecho casi impulsado por el habitual y programado pregón de loteriero.

El Héroe de la Mojarra tiró del freno de la bestia, y clavándole las espuelas lo hizo emitir un relincho que se convirtió en preludio de un bailoteo que obligó a vítores y aplausos del pueblo y a la estudiada y genuflexiva aprobación del jinete.

Quedó viendo con ojos penetrantes al loteriero convertido en un

tonel de felicidad. De pronto, vio como éste tomó a Presentación por los sobacos y lo suspendió en el aire.

--¡Es suyo, jefe! ¡Se lo doy para que lo haga hombre! ¡Con Satanasio Samocha no hay quien se pierda, jodido!-. Y volviendo a berrear con todas las fuerzas del entusiasmo, agregó: --¡Viva el general Satanasio Samocha, hijos de puta!

Pasaron los meses y Presentación quedó escuchando el chinchín de la fanfarria, el acompasado presenten armas

del cuerpo de cadetes, que en el fondo del alma, le habían parecido como soldados de conmemoración del Nacimiento de Jesús que para Navidad exhibía el cura en la iglesia; y los trepidantes cascos del caballo blanco del héroe. Fue tan determinante aquel golpe psicológico del recibimiento sumado al estruendoso ofrecimiento de don Jeremías, que desde aquella manifestación de fe política e inesperada entrega populachera del futuro, Presentación Polanco se sintió compulsado por cierto deseo militarista, por el envolvente delirio de los fusiles y de las paradas militares; de uniformes kakis y bandas de guerra, que comenzó a soñar despierto, dormido y en todo momento, con llegar a ser algún día, algo así como un émulo de Samocha. Y al fin la oportunidad llegó:

--¡Ándate, hijo de puta! ¡Ándate ya, que la ocasión es calva y sólo llega una vez!

Se lo susurró al oído. Lo musitó con dulzura, acariciándole los hombros, alisándole el entorchado cabello que le venía de un pariente negro, pero que doña María Providencia lo endilgaba a los mejunjes y vitaminas con los que había atiborrado a Presentación.

-¡Ve, hijito lindo! Lee bien este telegrama. Es tu futuro. Es tu triunfo. Es tu vida. El orgullo de tu padre y la dicha de tu mamá que está aquí. Veme bien a los ojos mi muchachito --dijo María Providencia, tensa, jadeante y atorózonada por un inespecífico lloriqueo que se deshacía en la panza de don Jeremías-. ¡Prométeme, jodido, que te vas a enganchar con el general Samocha aunque sólo para darle agua a su caballo!

Y Presentación se fue a la capital en el mismo tren en que había llegado su protector. Comenzó de mandadero en las diferentes compañías de la Comandancia General. Cuando no se le veía en el Regimiento de Infantería hacién-

dole demostraciones de yoga al coronel Chepón, parándose de cabeza, desabrochándose el cinturón con la hebilla en la espalda, mientras metía la cabeza entre los muslos y estiraba la lengua al otro lado como si fuera una culebra; o haciendo algo que llamaba el nahúlico: un batido de vientre que en ocasiones lo hacía vomitar el almuerzo, se le podía encontrar en la cuadra del general Justiniano Meneses, gran amigo del Embajador Escaut, a quien los guerrilleros castristas antes de la toma del gobierno le habían colgado un cadáver en el jardín de la embajada con el ánimo de asustarlo, con quien el general intercambiaba literatura pornográfica traída de Holanda y de París.

--Esta que vez aquí junto a este marica es la sexapilosa. Me acosté con ella un par de veces y es más brincona que la yegua que parió el caballo del Jefe. Imagínate tú, ella y yo juntos, solitos, en una buhardilla junto al Sena cuando me escapaba de la Ecole Saint-Cyr. ¿Sabías, tú?

--¿Sí?

--La Ecole Saint-Cyr fue de donde estudió mi querido general Zelaya, El Constructor, el cojonudo que estrenó las famosas ametralladoras de disco en Namasigue.

"¿Y ves esta puta? ¡Esta si que tenía tetas! --agregaba sacando la otra fotografía-. A la bárbara esa le decían la Holstein" recordaba a Meneses, mientras mordía la punta del puro, escupía por encima del hombro descolgado en la hamaca de campaña, y se burlaba de él, viéndole salir a todo prisa, urgido por sus impulsos eróticos a escurrirse por debajo de la muralla en donde los guardias habían hecho un hueco para salir a los burdeles del vecindario.

Casi analfabeto, pues cuando lo metieron a la escuela ya tenía el cerebro hecho piedra, y como loro viejo no

aprende, por puro instinto Presentación Polanco fue desarrollando sus habilidades dentro de la disciplina castrense, aprendiendo los siete juegos del garrote, y modelando su alma y sus intenciones hasta estar listo para dar el salto adelante.

La oportunidad de nuevo le había venido al pelo. En las montañas del norte de Nicaragua, el general César Calderón Sardiñas, al mando de un grupo de hombres dio un golpe en las instalaciones de la Eagle Tender Corporation; se llevó el oro de la mina y lanzó un comunicado en el que exponía las intenciones de su agrupación guerrillera en contra de la intervención americana.

La insurrección jefada por Sardiñas llegó a tal grado, que fue necesario recurrir a la fuerza militar que encabezaba Samocha para imponer la ley y retornar al orden en la atribulada República.

Montado como siempre, sobre el caballo blanco del desfile, llegó el General a pasar revista en las instalaciones militares bajo su mando. Enfilado en el Cuerpo de Artillería y Blindados, más tieso que firme, con el cabello chinzo lleno de la grasa de los camiones, dentro del "over-all" de los mecánicos y con el rostro rígido, de pájaro, inexpresivamente maduro por el oficio militar, el cabo Polanco Presentación G.N., lucía como un verdadero prospecto de bruto que llamó la atención del General.

--¿Cómo se llama ese hombre, teniente Torres? --preguntó a su ayudante.

--Cabo Polanco Presentación G. N., es recomendado suyo, señor.

--Transfíralo como mi chofer a la Secretaría de la Comandancia y lo hace subir mañana a mi despacho.

Durante los meses siguientes, la estrella ascendente del sargento Polanco Presentación G.N., le situó en posición y con atribuciones completamente distintas a las que había desempeñado en el cuerpo de mecánicos del Regimiento de Blindados. Se le notaba atareado y sonriente en las oficinas y los salones de la Casa Presidencial, estrenando uniforme, majito y las botas relucientes, yendo y viniendo con cartas, paquetes, encomiendas, recomendaciones, sugerencias, chismes, hombres de negocio y toda clase de asuntos; o en las calles de Managua, conduciendo la limosina del Presidente, bajando y subiendo a la Loma de Tiscapa, al estilo del poder político a toda velocidad; con la flamante pitoreta aullando pidiendo vía libre, obligando a tirarse a un lado a los viejos coches de caballos que formaban el noventa por ciento del transporte urbano, y en los que los soldados de ocupación con sus novias nicaragüenses o sus princesas de burdel, se divertían felices, a sus anchas, poderosos, felices, despreocupados en el seno de una Nicaragua estructuralmente tranquila y provinciana.

Todo mundo conocía y apreciaba al estimado y elegante chofer del Presidente, teniente Presentación Polanco, que con el tiempo y las delicadas funciones de hombre de confianza, de valeroso, de huevón, de Tarzán, de Hombre-Araña, de confidente, de donde pone el ojo pone la bala, de Don Juan, de odiado por muchos esposos y perseguido por gran número de mujeres de todas las condiciones, se vio convertido en el puente de casi todas las aventuras femeninas del Jefe; o en puerta de entrada de más de una dama de las de copete.

Una mañana de tantas, el Presidente Samocha se llevó mayúscula sorpresa. Entre los mensajes confidenciales que sobre asuntos de faldas había recibido Presentación, le había llegado un anónimo en inglés: "Usted no es Presidente ni

es ni mierda. La próxima vez que se acueste con mi mujer, le voy a pegar un tiro y le voy a cortar los huevos. El Coronel”.

Con carácter de urgencia fue llamado el capitán Polanco Presentación G.N., al despacho del jefe y éste lo increpó severamente.

-¿Capitán?

-Sí, señor Presidente.

-Desde ahora en adelante todo papelito o papelote que le sea entregado personalmente, aunque venga escrito en inglés, le ordeno leerlo.

-¡Señor!

--¡Haga el favor de leerlo!

--¡Quiero decirle, general!...

--No me diga nada. Simplemente léalo, y mientras lo hace, pase a la zorra que se lo haya dado a la Oficina de Ordenanzas. ¿Sabe usted lo que le han hecho?

-¡No, Jefe!

-¡Una de esas putas le coló este mensaje y usted me lo trajo a mí! ¡Léalo!

--Señor, no se leer inglés. ¡Con el trabajo de los blindados se me olvidó todo el que había aprendido!

--Se lo leeré yo, y mientras recuerda lo que aprendió en la escuela de burros, si es como le dijo a mi asistente aprobó el curso para machos, búsquese a cualquier mortal que machaque el idioma y le haga recordar lo que olvidó, para que pueda volver al puesto. Eso sí, con cuidadito para que no le metan otra bola mala -aclaró el Presidente que era un aficionado al juego de pelota.

Aquella amarga y embarazosa experiencia volvió más que cauteloso y desconfiado al capitán Polanco Presentación, obligándole a desarrollar un sorprendente instintivo de perro policía, que años más tarde lo convirtió en el hombre más útil y más estratégico para Samocha, pues cuando el famoso guerrillero César Calderón Sardiñas se convirtió en el hombre más temido y más buscado de las patrullas del Cuerpo de Marina Americana, y fue necesario estructurar el plan para acabar al bandido, el mayor Polanco Presentación G. N., fue la pieza vital para el éxito de la conjura.

A veinticinco años de aquel maldito suceso, el malogrado instrumento del crimen, Teniente Coronel Polanco Presentación G. N., apenas podía recordar con dolor las frases bíblicas de su amo, porque para su fidelidad de perro viejo, el difunto ex-presidente Satanasio Samocha había sido en verdad, su Biblia: "Acuérdate Presentación, que los generales no mueren en sus camas". Y a cada minuto que pasaba se le convertía en turbulento oleaje de conciencia el instante del crimen, que era como una película de terror que le mantenía anegado bajo el influjo de las drogas y el aguardiente.

Bajo el peso del delirio de persecución y el complejo de culpa, había desarrollado un reumatismo articular de origen psíquico, y cuando le llegó la noticia de que al inmortal presidente Satanasio Samocha -padre suyo, protector suyo, su constructor, su ángel-, le habían hecho saltar de un bombazo en el sillón de una peluquería, se llenó de terror y anegado en llanto exclamó: "¡Tenía razón el hombre!. ¡Los generales no mueren en sus camas!" Y se le incrementó el pavoroso terror que le estaba horadando el alma.

Su dudosa concepción frente a la realidad de la muerte, le hacían retrotraer otras experiencias de políticos y milita-

res de las cuales tenía conocimiento que experimentaron problemas de conciencia. “¿Cuándo ha oído decir usted que los perros mueren de cáncer? ¡Los perros mueren de rabia!”, solía sentenciar el capellán del Primer Regimiento de Caballería, hombre hablantín, satírico, especialista en caballería militar, quien con cierta solapada aprobación de Samocha, se burlaba de los viejos coroneles y generales, y todo aquel que el dictador amenazaba con sustituirlo con todo y sus caballos árabes traídos de Andalucía.

Desde la tarde del bombazo en la peluquería, los recuerdos, las vivencias, el chirriar de los frenos frente a la prisión de “El Hormiguero”, volvieron a revolverse con precisión demoníaca dentro de su espacio mental de golpe, atropellándose unas experiencias con las otras. Fue algo como si de repente se le ocurriese poner en orden todos los datos del archivo, todos los trajes en el ropero, todas las fotografías sobre la pared, todas las cuentas en los bancos y todos los pensamientos en su claros en el archivo de su memoria. Deambulaba por los rincones de la ruinosa casona adquirida después del terremoto y en la que concientemente se había aislado para tener una muerte tranquila. Arrastraba los pies y cuando pensaba en sus días de soldado imperial, hacía un esfuerzo para no putearse a sí mismo, babeándose y escupiendo por todos lados, abrazado al determinante abandono de la vejez. Suponía que no había sido del todo malo ni del todo bueno para nadie, incluyendo en la lista al malagradecido de su compadre Satanasio Samocha. “Por ese diablo hijo de puta a quien le había entregado el alma, estaba reducido a escombros sin que le hubiese hecho millonario como ocurrió con Feliciano Sánchez, Ministro de Fomento y Obras Públicas, de quien decían que había dicho --refiriéndose a Samocha-, que bien valía la pena deslizarle una buena dosis de estricnina”. “Y claro que hizo millonarios

a muchos más que ni lo merecían”, lo secundaba su mujer.

Entre las fechorías que podía recordar con ansiedad, había una que le producía risa y que había sido para el Teniente Coronel Presentación Polanco G.N., Director de la Penitenciaría de la Aviación, algo así como venganza de clase, o el primitivo sentimiento con que deberían ser tratados los enemigos de Samocha. La idea de la pretendida fuga de prisioneros políticos la concibió Presentación en una casa de putas, cuando dispuso hacer la vida imposible a los insurgentes de Olama y Mollejones que había jefeadado el periodista Pedro Joaquín Chamorro.

La ejecución del plan comenzó un día antes de la Gritería de la Purísima, fiesta religiosa-folklórica que es tradición nicaragüense. De tal manera que a las dos de la madrugada se escucharon los primeros gritos amenazantes y sonaron los consecuentes golpes de culata en el galerón de los comunistas. El Gorila Ramón, como le llamaban de sobre nombre al sargento gordo con cara de chanco, soltó dos ráfagas de metralla sobre el techo de las celdas de los peligrosos en donde estaba Chamorro y su gente: los jefes de la Quinta Columna, de la José Dolores Estrada, en donde soñaba su presidentitis aguda el Comandante Pie de Amigo --al que montaron sobre un burro para que no se le destrozaran los pies de señorito con los que pretendía cubrir la marcha del triunfo; e impulsados por el mecanismo del berrido de los que no piensan, comenzaron a vociferar los otros guardias de la patrulla, a llenar de mierda el alma de los prisioneros, a ponerles cuernos a sus pobres padres; y corriendo por todos lados, haciendo sonar sus fusiles, sus clavos, sus botas al filo de la madrugada, insistiendo: “¡A ver jodido! ¿Quiénes son los cabrones que quieren fugarse? ¿Dónde están? ¡Que saquen la cara!”

--"¡Cámbienlos de celda, jodido!! Pero que sea ya! -ordenó el sargento Cara de Chancho desde la entrada del galerón. ¡Vamos, rápido! ¡Hagan correr a estos mierdas!"

--"¡Y denles cuatro patadas en el culo!", recordaba el ruinoso Polanco la orden dada por el omnipotente Presentación.

Y comenzaron las carreras a lo largo del corredor de la galera de los comunistas. Así calificaba Samocha a los enemigos de su gobierno. Y los de la celda eran arriados a la celda cinco, y los de la cinco a la tres, y los de la tres a la dos; y así sucesivamente entre un huracán de protestas, temores, risitas nerviosas, pedos sonados con la boca y carcajadas que se confundían con la pretendida ira de los militares y la ruidosa avalancha de cachivaches: botellas, porras, cocinillas, máquinas de afeitar, platos, cucharas, escobas y toda suerte de utensilios por los que el sargento Cara de Chancho había cobrado un peaje.

--"¡Vamos, hijos de puta! ¡Que clase de guerrilleros son éstos que querían volarse del poder a mi general Samocha! ¡Ah, pendejos!". Y tenía presente todavía todo aquel burum bum bum de gritos y amenazas, que no paraba hasta que pasar la borrachera, y doblaba el riguroso cansancio, retirándose a roncar la mona en la Sala de Guardia, bajo el ojo vigilante y fatal del sargento Cara de Chancho y un pastor alemán que se enrollaba al pie del catre, a la orilla de la cabecera.

Antes de la primera incursión para castigar y advertir sobre cualquier intento de fuga masiva, el Teniente Coronel Polanco Presentación G. N., con actitud casi paternal, sin tragos y bajo la reconfortante esperanza de una mirada amistosa, se acercaba a las celdas y comenzaba su prédica de hombre de bien, de pundonoroso militar de mil bata-

llas, de soldado al que la historia tendría que reconocerle y relatar sus hechos. Y enrollándose el pantalón dejaba al descubierto una depresión en la rodilla derecha. “Esta fue la bala de un sardiñista --afirmaba--. Me la hicieron cuando lo combatí en las montañas del Norte. ¡Esa sí fue guerra! ¡Para luchar se necesitaban cojones! ¡En ese tiempo esas montañas sí que eran montañas! Estaban llenas de tobas, de terciopelos, de arañas que parecían tortugas y de cascabeles que sonaban como orquestas cuando agitaban el chischil. Hubo que andar descalzo y a lomo de mula. ¡Los guarditas de hoy cogen los mangos bajos, no se joden, parecen aprendices de maricones! Recuerdo cierta vez un patrullaje que íbamos con el yanqui persiguiendo a Sardiñas desde Jinotega a Wiwili, no dormimos una semana y teníamos tanta hambre que comimos culebras”.

Y pasaba horas enteras contando historietas inventadas que ahora podía confrontar con su realidad.

–“No soy general ni soy ni mierda”, se quejaba en el ostracismo de su retiro mortuorio. “Nunca peleé contra nadie más que contra las putas y el guaro”. Y reía. Hasta hubiera querido volver a sentir el placer de las borracheras y la visita a la galera de los comunistas en la que estaba Chamorro. No era que hubiese sido malo ni bueno. Tal vez no había sido nada, más que un pobre diablo que había salido de la miseria y se había contaminado con el recibimiento de un general a caballo, de un fante de mierda --como decía Chamorro--, que le había llenado la cabeza de humo, el corazón de esperanzas y el cuerpo con un uniforme verde olivo, con el que le podía mentar la madre a cualquiera.

Aquellas fascinantes visitas al filo de la madrugada, las carreras de pobres reos políticos, los ruidos de porras, cates, zapatos viejos arrastrándose de una a la otra celda en-

tre gritos y sobresaltos, llenaba aún de indescriptible gozo su espíritu sádico y primitivo. Los otros recuerdos sólo le producían tristeza.

--¡Quitasueño! --se gritó a sí mismo. Era el sobrenombre que le habían puesto los presidiarios--. Fue lo más lindo que me pudo haber ocurrido en esos días en que el asesinato de Sardiñas no me dejaba dormir tranquilo.

Y siguió girando en el recuerdo alrededor de sus días de gloria, acomodándose para estirar las piernas sobre una roca del pequeño huerto de su mujer, en donde los limoneros y los naranjos esperaban tristes y reseco las primeras gotas del invierno.

--¡Manuelita! --gritó, viéndose la depresión de la rodilla más honda, pegada al hueso por falta de grasa y por la flacidez de la arrugada piel de sus piernas. La quedó observando con curiosidad, con lástima y se rió de sí mismo, mientras recordaba su discurso sobre el valor. "¡Qué bala de metralla ni que mierda!". Pensó en la historieta con que había intentado deslumbrar a la gente de Chamorro.

--¿Sí, Presentación?

--Ahora mismo vamos a ir al mercado de Diriamba.

--Ve para el cielo. Viene lluvia y si te mojas te morís. Con tu asma, con tu tos de perro y con esa maldita artritis que tienes encima, es seguro que te morís.

--¡Prepara la limosina que vamos ir al mercado!

Y con gran esfuerzo tosió, desgarró con ahogante dificultad y se dirigió al dormitorio en donde cambió la bermuda casera por los pantalones de pana kaki de lo que todavía quedaba en el cofre, se alisó el cabello negro de indio y se enfundo en la chaqueta de azulón listo para el mercado.

Escuchando el ronroneo de la cacharpa iba viéndose los pies, jugando con los dedos casi insensibles dentro de las pantuflas de lona, hurgando su pasado. Se le humedecieron los ojos cuando pensó en el viejo Lolo Potosme, el abuelo del grupo de Chamorro, que se integró con lo que llegaron de Niquinohomo. Lo habían trasladado de la Presidencial; desde la Chiquita en la que un hombre sólo podía estar de pie, hasta La Aviación. Lo hizo correr a marcha forzada hasta que se fue de bruces, y todo su cuerpo fue sacudido por repetidos y convulsos espasmos musculares. Sobre su lecho de madera, Lolo era un espectáculo de lástima, de impotencia. A veinte años de aquel acto bárbaro, escuchaba los estertores en el pecho de Lolo, y los gritos de furiosa protesta de los compañeros: “¡Hijos de puta, traigan un médico que se está muriendo un hombre!”. No sabía por qué este recuerdo lo maltrataba. Y se cuestionaba: “Si Lolo hubiese tenido dinero no habría ocurrido tal cosa”.

-¿Sabes, Manuelita? ¡Tienes razón! Ese huevazo de agua nadie lo para. Si quieres nos devolvemos.

Y comenzó a llover con tanta fuerza que el limpia brisas era incapaz para permitir que la lluvia dejara ver las señales de la carretera.

El día anterior a su muerte, entre lastimeros ataques de asma y el reverberante olor de velas a San Sebastián, hizo señas para que le bajarán las ordenanzas en las que estaba escrita su historia de militar.

--¡Quiero verlas por última vez! --le mintió a su mujer, y haciendo un gran esfuerzo ordenó--: ¡Sácalas del vidrio!”.

--¿Para qué?

--¡Sácalas del vidrio!

Comenzó a despedazarlas una por una y dejó caer los papeles muertos en la bacinilla llena de orines y creolina. Luego gritó:

-¡Manuelita!

-¿Sí, Presentación?

-¿Sabes una cosa?

-¡Si Presentación!

-¡Los generales nunca mueren en sus camas! Cuando yo me muera si es que muero para siempre, no me hagas ningún mausoleo ni nada parecido; y si me lo haces, no me pongas ningún título de militar. Que diga simplemente: ¡Aquí está enterrado Presentación Polanco, y punto!

Y detrás de una tosida y un estentóreo quejido de despedida, dobló la cabeza... solito.

Managua 1991.

EL TREN

¡Qué imponente era el tren! A corta edad apenas lo había visto lejos cuando iba con mi madre a la estación del pueblo a ver el fascinante espectáculo de su llegada. Hasta me ocurría pensar que mi madre era gran enamorada del tren. Algo le habría maravillado en él. Quizás por aquello de vivir pendiente de la carta que enviaría mi padre en el saco postal que lanzaban desde el vagón al derruido andén, en donde el viejo pantalón a la rodilla y gorro azul, pasaba horas esperando.

La estación era el paseo semanal de mi madre. Extraño hábito que costó entender, por aquella ansiedad que experimentaba ante la presencia de unos carros sin puertas ni ventanas, en que usualmente transportaban peones en tiempos de cortes del café, y soldados de cualquier facción reclutados para la guerra civil.

No me cabía duda que esperar la llegada del tren era paseo preferido de mi madre. Un satisfactorio divertimento espiritual sin horas ni meses; real sujeción que ni siquiera las misas, el Rosario o procesiones de Semana Santa, fueron capaces de sacarla de la rutina.

Hoy es sábado, Día de Tren, decía suspirando, entornando los enormes ojos verdes en plenitud de espera. Acicalaba su rostro y vestía mejor traje, como toda mujer que añora el regreso de alguien que se llevó lo suyo y retorna a devolverlo. Pronto fui conciente de la terrible absorción anímica de mi madre, y me solidaricé con ella al compartir respetuoso la alegre o trágica ansiedad del arribo del tren.

Tenía tres años y mi madre veintidós, cuando asido de su mano, vi que mi padre se montó en el tren. Antes juguetó con mi cabello, me abrazó contra su pecho y despidió con un beso. Algo salobre humedeció mi frente. Luego se agregó a una larga fila de hombres con rústicos sacos a la espalda, desvencijadas armas de caza o machetes al cinto. Subieron a los vagones bajo dirección de un tipo con botas altas, pistola, bandoleras y sombrero amplio que llamaban General.

Mi padre fue reclutado por testaferros del caudillo rojo, para la inveterada guerra civil en que agonizaban las instituciones del estado en beneficio de los gamonales políticos. Era *patriótico* expulsar del gobierno al eventual presidente del partido verde, rojo o el color que fuere, asaltante del poder, corruptor de las instituciones, que abarrotaba las cárceles con presos políticos enemigos del honorable gobierno -honorable era el Dictador- quien se alió con filibusteros y mercenarios para guerrear contra la satrapía caudillista en que estaba convertido el estado. Según los viejos era el motivo del porqué los jóvenes eran reclutados para la montonera civil.

Yo no sabía qué cosa era guerra. Ni siquiera la imaginaba. Aunque recuerdo haber escuchado el llanto de mi madre en la hora de despedir a mi padre, cuando la locomotora de carbón y leña fue puesta en marcha, y el maquinista movió como fantasma sombrío sobre el control del monstruo de hierro ayudado por fogoneros. Tampoco entendía de despedidas; pues era normal en la familia que el abuelo y mi padre viajaran a sitios de encierro para el ganado, ausentándose por semanas, y nadie lloraba en la ida ni para el regreso.

Casi a un mes de la partida de mi padre, escuché de labios de la abuela lo que desde su punto de vista significaba

la viudez para una mujer en lo precioso de la vida. Mi madre era bella. Con vitalidad de corza bíblica de *Los Cantares*; y por su peculiar amor por la vida –según la abuela- en ella no se daban condiciones para rumiar la soledad.

Mi madre se llamaba Conchita. Era delgada, de mediana estatura, tez canela y ojos verdes muy grandes, semejantes a la reflexión de un arroyo tranquilo y transparente frente al radiante frescor de una mañana primaveral. Tranquila, más bien acariciaba con los ojos. Linda y muy dulce en sus maneras, profundamente callada y mecida como un poema de Lorca.

De los hombres del pueblo, la facción colorada había reclutado a veinte hombres para el servicio de la patria. Todos *voluntarios* –como lo usual en las contiendas civiles-, pero llevados con amarras por *patriótica* generosidad de los caudillos. Uno de estos soldados fue mi padre.

De acuerdo a mi edad, según la percepción del tiempo, la guerra había sido larga. No fue posible señalar con exactitud si semanas, meses o años. Pero extensa en la dimensión de mi memoria. Fue un tiempo sin tiempo en que el ruido de locomotora, el chirrido de las ruedas de acero sobre la magnífica horizontalidad paralela de los rieles, el escape del humo negro y salvaje en la boca de la chimenea, algo que asombraba y despertaba en mí, sentimientos de fascinación.

El tren llegó a cobrar presencia en mi vida anímica como imagino que ocurrió a mi madre. Fue ella quien me enseñó a amar al tren que para mí tuvo alma, corazón y despertó en nosotros cierto inimaginables fervor que nos mantenían pendientes del saco del correo y del chirriante ruido de hierros cuando entraba al pueblo.

“Se fue tu padre”, le escuché en cierta ocasión platicando con mi retrato. Creo que se le escapó la expresión. Seguramente pensó que yo no la escuchaba mientras dormitaba abandonado a mi abandono en la hamaca del corredor. Transcurrieron meses y el crónico

conflicto llenó el pueblo de cadáveres. Recordó la abuela que a tres meses de reclutamiento, Juan Muñoz portero del *club San Marcos*, regresó al pueblo sobre muletas sin la pierna del gol. *Parece mentira que estoy de regreso*, pensó. Mi madre salió al paso y dijo algo al oído. Juan tosió con dificultad, sacó un trapo de la camisa y enjugó los agrios sudores de agosto en su vitalidad pérdida.

-Tu marido está bien. Sigue luchando en el frente. Me dijo que te dijera que te recuerda mucho; y que por las noches, antes de acostarte, hables al niño de él, y le beses en su nombre.

¡Pobre hombre!, pensó. Dio media vuelta, viendo alejarse al soldado de la muleta junto con los familiares.

No sabíamos qué habría sido de mi padre. Pasaron tres años y la guerra civil se volvió infierno interminable. Pero no mató nuestra esperanza. Nosotros estábamos siempre el día previsto en la estación, esperando el arribo del tren. Y fue casi sin darme cuenta que me integré al grupo de hijos de combatientes, que un kilómetro antes de la estación, en un recodo de la línea férrea, cuando el tren aminoraba la marcha, encajábamos en los vagones. Era aventura excitante. La locomotora era lenta, la veíamos venir majestuosamente negra y esforzándose, lanzando el enorme chorro de humo gris por la chimenea, metálicamente chirriando en la superficie de los rieles. Y en los días de lluvia, sí que inspiraba lástima y resultaba ridículo el espectáculo del abordaje. Nos burlábamos del tren que hacía grandes esfuer-

zos, patinaba sobre la vía, semejando un anciano decrepito que imploraba ayuda.

Seguí creciendo. Mi madre continuaba esperando. Los sábados con la llegada del tren se volvió día de campo. En la escuela, en hora del recreo, los hijos de combatientes planificábamos las aventuras en el tren. Siempre le íbamos ganando espacio a su agobiada velocidad. De tal manera que en determinado momento, el abordaje de vagones se convirtió en deporte preferido de los muchachos del pueblo.

Recuerdo que a tres semanas, después de lo de Juan Muñoz, llegaron en el tren Jacinto Cruz y Pedro Valencia dentro de cajas de pino, cubiertos sus cadáveres con bandera del partido. Al bajar los ataúdes mi madre a prisa preguntó por los nombres. Se persignó y murmuró algo entre labios.

Fue entierro numeroso el de estos caídos. El cura Felipe Sánchez a nombre de la Parroquia, y don Luis Moncada, el *Demóstenes* político de los liberales, improvisaron sus discursos funerario y patriótico. *La guerra entre hermanos es una maldición del diablo. Significa destrucción del amor y negación de Dios. El hombre debe entender que nada ni nadie está ni estará por encima del respeto a la vida humana que es un don del cielo. Dios es primero*, dijo el cura. *La Patria y el Partido están sobre el hombre, prevalecen sobre todas las cosas: la vida, la religión, la familia. Para entender a Dios hay que entender primero al Partido... ¡Viva el Partido!*, gritó el *Demóstenes*. El alcalde se concretó a dar las muestras de pesar y cubrir costo de gastos del cementerio.

Junto a los huecos de las fosas estaba mi madre, firme, silenciosa, con tapado gris y vestido negro, como si fuese mi padre el que estuviesen bajando al hoyo. No sé qué habrían

pensado los asistentes al funeral. Quizás que el próximo que bajaría al hoyo sería mi padre. Todos la contemplaron con cierta expresión de lástima

Hasta ahora puedo comprender el sufrimiento de mi madre. A nueve años apenas podía intuirlo. Por las fotografías del cumpleaños de la abuela y el funeral de Luis Serrano

-hijo del Alcalde, y siguiente caído en combate- pude darme cuenta, cómo el dolor había erosionado su belleza: hundidos sus ojos y cruzada de arrugas la frente. Y aquella firmeza de soberana de la casa —el porte de reina- estaba trocado por pinceladas de tristeza. Fue en esos días que me integré al grupo de la *Pandilla del Tren*. Y quedé inmerso en las aventuras de la estación.

Tengo entendido que desde el frente de guerra, llegó una que otra nota de mi padre. Pero no me interesaba en ellas. Mi ansiedad de niño solitario, indomable, anímicamente fue satisfecha con los del grupo de la *Pandilla del Tren*. Llegué a suponer que el compromiso había convertido en la rutina de los sábados, mas no logré comprender si por un hábito que fue calando en la conciencia de mi madre, o por simple paseo liberador, como murmuraban algunas beatas del pueblo. Llegaron días en que mi madre ya no podía conmigo. Yo soñaba con el tren, y en mis búsquedas oníricas, lo veía venir sobre los rieles como si fuera mi padre: fuerte, suelto de maneras, y echando el chorro de humo gris, vertical por la chimenea de sus labios un poco hacia fuera, como si fuera el tren.

Un día de tantos que no era sábado, a través de telégrafo, se recibió la noticia del arribo del tren. En vez de vagones de segunda, la máquina arrastraba varios de lujo, entre los que venía uno de colores chillantes. Al pasar el recodo de los rieles nos pareció extraño que la máquina entrara

de retroceso. Los aleros de los carros lucían adornos de globos y banderolas a todo color; se disparaban petardos y cohetes desde la plataforma, al ritmo de música popular y tonadas al candidato. Un señorón con sombrero de anchas alas y traje militar, alto, grueso, con tono alegre y farandulero estaba de pie en el andén, agitando los brazos para saludar a los asombrados ciudadanos; mientras atractivas doncellas, vistiendo enaguas de seda y colores del partido hacían corro; y de vistosas cestas de mimbre, sacaban billetes nuevos de diez centavos que lanzaban al aire, los que disputábamos la *Pandilla del Tren*, y muchos otros muchachos que se agregaron al holgorio.

Se trataba de la propaganda política alrededor de la reelección del Dictador de turno. Creo que ese día el grupo de esposas de los soldados que combatían en el frente, llevaban trajes negros de luto, y cargando cruces llegaron a la estación para rechazar al Dictador.

Uno de tantos sábados, después de la visita del candidato, regresó mi padre al pueblo convertido en cadáver, con el rostro destrozado por la granada de un obús. Días más tarde se negoció el *Acuerdo de Paz* que puso fin a la guerra. Firmaron el acta los mismos que la había desatado. El país quedó destruido y al final nadie ganó nada. Mi madre pensó que había sido una verdadera desgracia que el acuerdo de paz no se hubiese firmado unos días antes. "Pero nadie sabe los que depara el destino", la escuché decir llorando.

Con la muerte de mi padre y el doloroso encuentro de la estación, mi cita con el tren, mi extraño diálogo con éste, perdió sentido. La estación cobró connotación de cementerio: grandiosa tumba ruidosa que me recordaba a mi padre y me provocaba angustia.

Mi madre al quedar sola tan joven, se sometió a una extraña viudez de vieja. Se tornó triste, olvidó la suave textura de su piel y lo radiante de los afeites. Cuando murió mi madre derribada por el dolor del amor en una soledad que mata, el cura refería a Conchita, como réplica de *mujer la bíblica*, un ejemplo para nuevos matrimonios.

Vino el tiempo sobre mí y llegué a viejo. Jamás olvidé a mi madre. Siempre deseé verla feliz, contenta y tenerla un tanto más a mi lado. Pero no fue así. En las noches en que mi memoria es invadida por la sonriente soledad de su imagen, no puedo dejarla de asociar a esa maquina chirriante, horizontal, obsoleta, negra como un fantasma cansado quizás por el tiempo luego de haber viajado tanto, viniendo y yendo, siempre lanzando bocanadas de humo gris que yo recuerdo como el tren.

San Marcos 1957.

EL MITIN

-A los grupos de las pancartas los debe manejar el Gran Danés y Lagarto

-recomendó el Secretario de Propaganda y Agitación del Partido. Y agregó con gesto de sabelotodo-: A ellos les sobra experiencia.

-Los tenía listos para otro asunto –respondió Chancho Lucio-. Acuérdate que son los únicos que tenemos especialistas en turbas. A las turbas se tratan con plata o se reducen a vergajazos.

-Busca a otros, porque estos van para el mitin.

-Allí no habrá nada de *runga*. En cambio, en la comunidad de Chacal Niste, en la que estará el líder, sí que tendremos problemas. Allí si necesitamos por lo menos al Gran Danés.

-Estás desinformado. El líder estará en el mitin. La Comisión de Logística tiene información de inteligencia que tendremos la visita de los gorilas armados de la *Reserva Civil*, y las fuerzas de choque de la vieja Pantera Roja.

-Ahora los llaman con otro nombre.

-¿Cuál?

-Creo que los *Anryg*. No sé qué querrán decir con esa sopita de letras.

-No llegará nadie –dijo Chancho Lucio.

-Estoy seguro que llegarán los *Anryg*. No olvides que hoy el Dictador celebra el Día del Ejército, y el Partido mon-

tará el mitin para oponerse a su reelección. Estoy seguro que el mitin va a degenerar en un solemne bochinche.

-¿Degenerar? ¡Habla usted, como cualquier burgués, licenciado Cabra! –rió Chancho Lucio.

-Bueno. Pues va a parar en eso. Y si llegamos hasta eso, nos van a joder a todos.

-Tal vez sea necesario que se nos venga algo caliente. Hace ya bastante tiempo que no se siente olor a cojones. No los vemos por ningún lado. Ni en *La Lora Hablantina* ni *La Urraca Chillona* dicen media palabra del Partido. Sólo de cuando en vez nos coge del fondillo *El Azote Urinario*. Estamos en el fondo del ostracismo. Recuerda lo que recomendó el viejo soldado, coronel León sin Dientes: “Lo que es en política siempre hay que hacerse sentir, sino te olvidan”.

-El tiene razón. Es la hora de afilar las uñas y comenzar algo que valga la pena.

En la Casa del Partido, el Presidente del Comité sacó varias listas de militantes y las desplegó sobre los barriles de pintura. Leyó en voz baja los nombres: Pastor Alemán, Burro Chirizo, Chancho con Rabia, Cabro Macho, Elefante Renco, Caballo Tuerto, Lobo Murrucu. Con gesto de satisfacción continuó viendo la lista. Luego dio un largo bostezo de preocupación y dijo a Perro con Rabia:

-Te sugiero especialmente a Caballo Tuerto y a Lobo Murrucu. Son muy buenos cuadros. Tienen coyoles.

-Los tomaré muy en cuenta. Y siguió pintando los cartelones: ¡Abajo la Dictadura...! ¡Basta ya...! ¡Muera el dictador León Podrido...! ¡Ni un paso atrás...Ni un paso atrás...!

Acompañaba los brochazos con el tarareo de un himno pasado de moda que había oído en el *Sindicato de Sapos*

Leguleyos. Sobre el barril del fondo, giraba un removedor de aire para mitigar el calor.

-No han traído la fotografía del jefe –recordó Caballo Loco.

-Quedaron de traerla ayer por la tarde. Pero ya ves: músico pagado no toca buen son –dijo Perro con Rabia.

-Si Congo Pintor no la trae hoy, algo pasó con ese retrato.

-Tendremos que buscarnos otro.

-Sería un desastre. Esta es la que le encanta al Jefe. A lo mejor se fue de farra. Ayer fue sábado chiquito.

-¿Tú crees?

-No es por hablar mal del compañero, pero es bueno a su jarabe medicinal -recordó Perro.

-Deberías ir en su búsqueda. Si no ponemos el retratón en donde el Jefe está con la linda sonrisa de chavalón, nos va a mandar a la mierda –rió Caballo Loco con una sensación de cosquilleo.

-En esa fotografía, hasta parece una leoncita quinceañera.

-Calla, jodido. Deja eso y vete a buscar a Congo Pintor, a *La casa de Mona Lisa*.

-¡Qué carajo! El mismo problema de siempre: nadie cumple con su trabajo.

-Quédate pues aquí. Voy a ir yo –dijo Caballo Loco. Y ajustándose las herraduras en las patas traseras, abandonó el establo y salió corriendo al potrero.

“Mañana es Día del Ejército y también el cumpleaños del dictador León Podrido. Es casi seguro que habrá tiros en el mitin. Tal vez lleguen mil *piches*, o quizá no asista nadie. Todo dependerá de cómo se mantenga el ánimo. Realmente ahora ya soy sólo la fama. Ni dientes tengo. Ya debiera estar retirado, pero no puedo dejar el Partido en las manos de Chachalaca Mentirosa, y del flojo éste de Caballo Loco. Ya quedamos muy pocos, que sigan pensando como antes. La cabeza se les ha ido para el estómago” pensaba el incondicional militante Perro con Rabia, Presidente del Comité de Campaña cuando escuchó golpes en el portón de la bodega.

-Abre –dijo Caballo Loco.

-¿Lo traes? ¡Qué bueno! Mereces un ascenso en el Partido. Lo voy a decir al Jefe –rió, mientras ayudaba a Caballo Loco a introducir el enorme retratón, y lo colocaban en el piso.

-¿Cómo lo ves?

-¡Ah cabrón, Congo Pintor! Lo dejó tan guapo como el de la Metro.

-Mejor, diría yo –se arrastró el Presidente del Comité, contemplando el retrato de León Humanitario, de abajo hacia arriba-. Con esa bella sonrisa, te le juro que ni Clark Gable, recordó las películas a que tenía acceso la nomenclatura animal en la Academia de Historia y Geografía.

-Aquí tienes lo que sobró de la plata de la pintura –entregó el cambio al Presidente.

-Rata Lampiña me dijo que le había costado el doble.

-En política así es –encendió el cigarrillo con la colilla que todavía humeaba en el piso-. Todo mundo cree que esto es feria y se reparten con la cuchara grande.

-Te recuerdo que mi hermano es borracho, pero no toca un cinco de nadie.

-No lo digo por él –lanzó una bocanada de humo sobre la gran boca del retrato.

Rió complacido Perro con Rabia, tomo una de las botellas de aguardiente que estaban en el estante y se empinó un trago. Luego pasó el frasco a Caballo Loco, que hizo lo mismo. Perro con Rabia volvió de nuevo a la botella con ansiedad, apuró un segundo trago doble y dejó caer un escupitajo al lado izquierdo del retrato.

-Quizás sea el último que te tomas –rió Caballo Loco, porque cuando llegan los pulpos del Partido no dejan ni gota.

-Así es.

-He cumplido con mi deber. Lo que soy yo, me voy –dijo Caballo Loco-. Nos vemos mañana en el mitin.

La casa-hacienda del viejo senador Burro Listo estaba adornada con banderas azules y rojas de todo tamaño. Guirnaldas de los mismos colores, colgaban de los árboles de pino en las entradas principales. Al fondo del establo, fue improvisado un escenario, en donde lucía satisfecho como telón de fondo, el enorme retrato del líder con su deslumbrante sonrisa leonina, de cinematógrafo. Unos pocos asientos fueron colocados para sentar a las hembras de los acompañantes principales. Y bajo el tupido huerto de naranjos comenzó a tocar la *banda de chicheros* Sones de Toros y El Son de la Perra Renca. El mitin estaba programado para las diez en punto, pero todos los animales sabían que el Jefe acostumbraba llegar una o dos horas después, mientras se entonaba anímicamente en alguna cueva vecina.

Era normal que los primeros gamonales ocuparan sus lugares media hora antes de que el mitin comenzara. Los primeros que sacaron la cara alrededor de la tarima, fueron los diputados de la minoría Tigre sin Rayas, y la rezonguera gordita Gatita Angora, quien levantó el esplendoroso racimo de su cola y saludo a los que conocía entre el grupo de correligionarios. Don Elefante, el músico del saxofón, y don Oso, el del bombo, le contestaron con musical genuflexión, seguida ésta de un sonoro pitazo de Pájaro Clarinero. Apenas se hizo al aire la fanfarria de los sinfónicos, como por arte de magia, los primeros que tomaron asientos en la tarima de invitados de honor, fueron Sapo Chupa cascos, Burro Soba leva, el discursero preferido del Jefe, quien se hacía un garabato en elogios cuando le tocaba hablar ante León Humanitario. Caballo Solidario, Zopilote Creído, Cabro Tacón de Hule y la pura y sin mancha lideresa Mariposa sin Alas, acostumbrada a desafiar el tiempo, igual que el retrato de Dorian Buey, que colgaba en su alcoba. Y un millar de animales más que pretendían cargos de ministros, magistrados y curules en el Congreso.

Desde el fondo de la casa, el anfitrión senador Burro Listo observaba y reía. Era un viejo que había visto y vivido muchas aventuras en política, y entendía muy bien las cosas. “Es difícil separar lo político de lo económico. Aunque siempre tuve algún dinero para estar libre de la preocupación de qué clase de pasto comería al día siguiente. En la política encontré mi punto de equilibrio emocional. Ya estaba cansado de aburrirme, entre los aplausos de viejos sirvientes y aduladores durante Navidad o el día de mi cumpleaños. Gracia a Dios se apareció en mi casa, mi grande e inolvidable amigo, general Percherón Verde, que me ofreció la senaduría y me rescató de aquel ostracismo de congeladora. La política da vida”, pensó.

Caminando hacia la entrada del local se encontró con el congresista Tigre sin Rayas, acompañado de la bella Gatita Angora. Le soltó una broma diputadil:

-¡Ajá, mi querida diputada, con que bien acompañada, eh! ¿No es así, ilustre diputado sin Rayas? –hizo un guiño al Presidente de la Comisión Contra el Aborto.

-Es que a mí me gustan los machos grandes –respondió la diputada Angora, y con sugerente y femenina picardía meció la cola de floripón.

Y siguió observando cómo se llenaba el local, con toda clase de militantes.

Caballos y potrillos campesinos, monos congos, orangutanes, tíftes junto a gorilas viejos y panzones –en sillas de ruedas y muletas- que habían luchado en las guerras civiles, y que aún esperaban a un Presidente de buen corazón, que fuera congruente con la historia, y se apiadara de las migajas de pensiones para sus retiros de anciano. Muchos de estos héroes eran del Partido, porque sus padres habían pertenecido a él. Formaban el universo de un centenar de generaciones, que habían dejado vida y futuro, en interminables contiendas civiles, que habían concluido en nada. Desde su posición de animal de experiencia tenía la certeza, que a fin de cuentas, el mitin no serviría para nada. “Pero hay que hacerlo, y por esto estoy apoyando a mi amigo”, pensó.

El jefe hizo su entrada al local, entre una avalancha de partidarios que le abrían paso. Iba lleno de felicidad. Transpirando a mares, se enjugaba la espuma de las barbas y la boca con un pañuelo. Su rutilante figura de estrella de la Metro, sobresalía sobre las cabezas, como alguien que intenta llamar la atención de otro dentro de una prolongada

multitud. Cuando el Jefe dispuso hablar, el ambiente solidario del mitin se convirtió en espectáculo de asfixia y apretujamiento.

Detrás del Jefe fueron colocados Caballo Tuerto y Lobo Murrucó para cubrir sus espaldas.

Después de todo, León Humanitario se había convertido en dolor de cabeza del Dictador, quien odiaba toda competencia política. Después de su intervención en el último Consejo de Ministros, había salido en *La Urraca Hablantina* que a *"Los alacranes hay que aplastarlos chiquitos. Antes de que echen ponzoña y se conviertan en un peligro"*.

Cuando el Jefe se puso de pie, los que estaban en la sala comenzaron a vitorearlo. Sacaron Pañuelos blancos –símbolos de la honradez– y los agitaron entre consignas: ¡Te amamos, León, estamos contigo...! ¡León...! ¡León...! El Jefe respondió a promesas, ramos de flores, vitores y aplausos, con decenas de besos a cabras, palomas, monas, cebras, zorras, yeguas rabo caliente, libélulas, y toda clase de hembras, que dentro del delirante fanatismo, le daban apretones en las patas, y le lanzaban sostenes, colochos, y pantaletas de todos colores y clases.

Cuando dieron inicio los discursos, al Jefe y al responsable de la conducción del mitin, les fue imposible controlar al Secretario del Sindigato de Carretones Humanos, que comenzó con una sarta de ataques a la honorabilidad de Leona Arrugada, la primera dama de la República. Y bajó del tronco presidencial para seguir por las ramas, atacando al General de Ejércitos Gorila Mayor, Jefe de las Fuerzas Armadas y de los terroríficos servicios de la OSA, cuerpo represivo para la conservación de la integridad y soberanía de la República.

Cuando ya parecía terminar aquel maratónico y frontal ataque a todo lo que era dictadura y lo que tenía que ver con ésta, alguien soltó un berrido de alarma en la parte posterior del local, y sonaron disparos de metralla y bombas lacrimógenas, que hicieron salir en estampida a los simpatizantes y correligionarios de León Humanitario.

-¡Viva el general León Podrido! ¡Viva el Partido Radical!
-irrupieron las fuerzas de choque de los Anrigrs -al fin se dieron cuenta de que se trataba- blandiendo cuchillos, bates de madera, cadenas y cachiporras.

-A la carga, hijos de puta -rugió uno de los chanchos blancos con rostro de presidiario. Y siguió gritando entre el tumulto al orador, que escapaba bajo una de las pancartas que le servía de escudo-: Ya te vi, maricón. ¡Ay, ay, ay, jodido! ¿Vas a seguir hablando mierdas, ah? Y le descargó el primer batazo que lo tiró contra las bancas del desvencijado estrado, que comenzó a resquebrajarse bajo el alboroto del tumulto.

-Ahora tú, Lagarto, cabrón -oyó que le daban a otro hasta dejarlo mal muerto.

-Ahí va Congo Pintor. Que no se escape -señalaron al retratista. Pero Congo Pintor salió disparado bajo la lluvia de piedras que lanzaba, la afamada y temida brigada de zorros meones y puerco espines.

Los valientes y confiables especialista en turbas Caballo Tuerto y Lobo Murruco, estaban heridos en la calle, con esposas en las manos que les cruzaban las espaldas.

-Tomen, valientes -dijo el mugroso Gorila Vandálico, dando violentos clavazos sobre sus cabezas indefensas.

"Algún día la van a pagar, cobardes, asesinos", aulló Lobo Murruco, más que por el dolor de los golpes que le

daban a él, por los que recibía el pobre de Caballo Tuerto, que sólo pujaba, y ya ni siquiera podía ver con el ojo que le quedaba.

Las hienas y los canguros de las fuerzas de choque, continuaron atacando sin parar. Los correligionarios y militantes huían por calles y montañas vecinas. Nadie quería saber nada del mitin. En la esquina de la iglesia, el retratón del líder lucía la sonrisa despedazada, y el viejo senador y anfitrión, agobiado y moribundo, seguía vomitando sangre en una banca del parque.

Enero 1967

FIESTA DE ANIVERSARIO

-Mujer.

-¿Sí, Juan?

Margina arrugó el entrecejo y bostezó recordando la artritis que a medida que el tiempo avanzaba se inmiscuía más en su vida. Eran las seis de la tarde y estaba oscureciendo.

-¡Qué cosas! -prosiguió, acomodándose el aro de carey de las gafas culo de botella-, ayer te hablaba de Saúl Lacyo, y hoy viene esta invitación.

-Creí que el tonto ese de Saúl ya había muerto -dijo la mujer. Y preguntó:- ¿Invitación a qué?

-¡A que no lo imaginas! -caminó hacia el baño, carraspeó, lanzó el escupitajo en la garganta del inodoro, se quitó los lentes y los aclaró usando el vaho de la boca y el remedo de pañuelo que llevaba metido en la bolsa de la camisa. Se dejó caer sobre el viejo sofá de cuero, que había llegado de la sala al aposento en su última crisis asmática, y se puso a leer el diario. Pero no leyó nada a la espera de la respuesta.

-No, no tengo la menor idea de nada -refunfuñó con tono de vieja, atareada en ajustarse las medias prescritas por el cirujano para mantener las várices en su sitio-. No debe ser algo que valga la pena, chirrió la mesa de noche al empujón que dio con el fundillo varicoso y prominente.

-Perdiste la dulzura de tu carácter y vas camino de perder la imaginación -se quejó Juan, examinando la invitación

con cierto placer, bajo la candorosa vehemencia del inesperado reencuentro.

-No arruines. La que soy yo no he perdido nada. Vos sos quien ha perdido todo -observó de reojo en la portañuela. Y mordiéndose los labios siguió de espaldas, halándose la otra media en una rabiosa pelea a la altura de la rodilla.

Con tristeza rememoró a su mujer en los días de luna de miel. "¡Qué hermoso cuerpo tenía! ¡Qué trasero y qué tetas!", se sonrojó. Con lo que le dejaba la arterioesclerosis para recordar, pocas hembras en la edad de la florecencia, habían sido tan buenas como la suya. A pesar de esas costumbres de la época, y las consabidas restricciones de la sociedad puritana, cerrada a los avances del tiempo, Margina jugaba al béisbol, conducía el coche, montaba a caballo y vestía pantalones de hombre para andar en bicicleta. "¡Fue tan libre como el viento, y con todo lo que murmuraron las que vestían y desvestían santos en la casa cural, cuando la llevó a la cama la encontró tan pura y virginal como su madre la trajo al mundo! Pero el tiempo no perdona. ¡Y qué pobre espectáculo era hoy, con las nalgas colgándole, apelonadas tras los elásticos de las pantaletas!", pensó.

-¿Cuántos años hace que nos casamos? -preguntó a su mujer con fingida voz de enamorado.

-Ya ni me acuerdo. ¡Sólo chocheras sos vos! -dijo sonriente, bajo sonrojos de coquetería. Y después de ganar la batalla a las medias, se dejó caer sobre el borde de la cama con olímpico orgullo de triunfadora, agobiada, pero satisfecha.

-Es que pensaba en la fiesta -dijo socarronamente.

-¿Y no pensaste que los años no pasan en balde? -dijo Margina. -Así es. No pasan por pasar -caminó tosiendo. Carraspeó con gran esfuerzo y volvió a escupir en el inodoro.

-No has tomado tu jarabe -dijo la mujer.

-No quiero encharcarme el estómago. Quiero estar listo para la fiesta -sonrió y le chispearon los ojos de ansiedad, que según Margina, parecían de vaca loca.

-Llamó el compadre Ramón. Ha llamando todo mundo -dijo mientras salió al corredor en busca de los canarios.

-Ayer que andabas en el Santísimo recibí el telefonema de Chico Salitre -dijo Juan.

-No sé a quién te refieres. No le recuerdo.

-Al enano aquél que se orinó el día de la promoción en el trofeo de plata y marfil, que el periodista Henckel tenía en el escritorio.

-Ahora sí recuerdo -dijo, con maliciosa sonrisa. Y entró al baño, gozosa, recordando la rabiosa reacción de mister Henckel, cuando solidarios con Chico Salitre abandonaron la fiesta, después de la gran encachimbada del gringo.

-¿Y para qué te quería?

-Me pidió nombres completos y dirección del grupo. Le sugerí que buscara la Memoria del Colegio. Y claro, con la ayuda de Chico se me vino a la mente La Rana, Juan Chiquito, El Cabezón, Ensalada de Frutas... Esta madrugada estaba recordando al lombriciente de Zarzaparrilla, agregó.

-¿Y a vos qué te dijo el compadre?

-Como siempre. Nada. El compadre siempre sale con sus chistes y chocheras -sonrió Margina, alisándose el gris y despeinado cabello, mientras ensayaba frente al espejo los supuestos peinados que debería lucir en la fiesta-. Preguntó si estábamos preparados para el gran despelote del *Sesenta aniversario del bachillerato*.

-¿Y qué le contestaste?

-Para picarle la envidia, dije que estabas listo, que tenías hasta el traje *drayclineado* -se escapó de ahogar Margina, en medio de un ataque de risa.

-Bebe un poco de agua, mujer -le gritó, casi rompiéndole los tímpanos, con lo que él llamaba *el grito psicológico para hacerla volver en sí*.

-Me vas a dejar sorda, salvaje -quedó lívida e insegura arreglándose el cabello frente al espejo, que al momento del espasmo le pareció torbellino girando cual trompo en el fondo de sus pupilas.

-¿Y qué más dijo el compadre?

-¡Hombre, déjame serenarme!

-Ya estás serena. ¿Qué más dijo?

-Sólo tonterías. Y me puse a pensar que es gran problema llegar a viejo, y no tener algo que sea entretenido con que matar el tiempo.

-¡Ajá! ¿Pero qué te dijo?

-Que con lo del aniversario le urgía hablar contigo, porque había encontrado una receta que lo hacía sentirse más feroz que los leones del circo Dúmbar que se almorzaron al domador.

-¡Sólo es babosadas el compadre!

-Es lo que digo yo. Pero a lo mejor está en lo cierto -sonrió la mujer con gesto de picardía.

-Debe ser buena receta, o se volvió loco el compadre.

-Que león ni que nada -soltó Margina la carcajada-, si la

comadre cuchicheaba en el círculo de amigas, que lo que era el compadre aún no había pasado los cincuenta y ya se le quedaba dormido.

-¡Ah, comadre, comadre! ¡Qué cuando muera, Dios mande su lengua difunta al infierno de las lenguas largas! -estornudó. Las gafas salieron volando, pero él las cazó en el aire.

-Todavía sos un gato -sonrió Margina.

-Gato no; un león -aclaró con orgullo, haciéndose ilusiones con la receta del compadre.

-Dios te oiga -dijo Margina y salió hacia moviendo el rejado trasero con dirección al canario. Esto hizo sonreír a Juan, recordando los escozores de días de la bicicleta.

-Celebrar el *Sesenta Aniversario de Graduación* no deja de ser una odisea -dijo con la invitación entre las manos, al volver su mujer con el canario saltando de uno a otro extremo en la jaula.

-Celebración de viejos va a ser ésa -dijo Margina con sarcasmo.

-Tal vez. No lo veo así. Celebrar los sesenta años del bachillerato no es para cualquiera. ¡Todavía no hay una sola promoción Lasallana que lo haya podido hacer! Se necesitan agallas para llegar tan lejos.

Margina se dejó caer en el sofá y dijo llena de mal humor:

-Agallas se requieren para esto -protestó contra el elástico tubular que se le volvía un problema en la parte superior del muslo de la entrepierna, en donde se corrían los hilos. Y agregó: ¿Y cuántos eran ustedes?

-Creo que sesenta.

-¿Y quiénes viven todavía?

-No tengo la menor idea. Tal vez unos diez. Hoy por hoy sé de Julio, Payayo, Chico, José, Ronald, Humberto, Jaime, Saúl y los que mencioné antes. No recuerdo a nadie más. De todas maneras nos veremos las caras el domingo en el edificio del Colegio.

-¿Cuál colegio?

-El mismo.

-Después de la guerra y el abandono, el edificio quedó convertido en cadáver.

-Lo haremos bajo los escombros. Vamos a resucitarlo.

-¡Están locos! ¿Por qué no alquilar un cine?

-Porque allí es mejor. Por solidaridad proverbial no queremos otro sitio. Recuerda, Margina, que esas ruinas somos nosotros, es el mismo país. Queremos darles vida, por un romanticismo de camaradas, aunque sea esa noche.

-No había pensado tal cosa.

-No sé más que esto y estoy de acuerdo con los otros. Mandé mi contribución. Saúl y Luis están encargados de la operación montaje.

-¡Ojalá tengan éxito!

-La promoción del hermano Bala Perdida siempre tuvo éxitos -encendió un cigarrillo y releyó la invitación.

-La que soy yo te dejo -dijo Margina, bostezando-. Voy a ver el último capítulo de mi telenovela *El Amor comienza a los setenta*.

-Yo me quedaré dándole vuelta a esto del aniversario.

-No te hagas ilusiones. Como te repito: esa será una celebración de reumáticos.

-Estás hablando babosadas -se irritó Juan-. Ya olvidaste cómo se llama tu telenovela.

-Eso es en la telenovela -dijo, y desapareció tras el con-sabido golpazo en la puerta del dormitorio.

Cuando terminó de ver la alucinante historieta sexual, Margina quedó balanceándose en la mecedora, lucubrando sobre la fiesta, y el tiempo llegó en oleadas. Ahí estaba Emilio, su primera aventura amorosa, y amigo íntimo de Juan. Para esos días se saltaba la cerca de la casa de Isabel, para besuquearse y tocarse bajo el ciprés del jardín, o el fondo del establo, en la caseta del ordeño. Juan no era ningún santo”, pensó. Y Emilio parecía un mono, con vellos hasta en los talones, cuerpo de luchador y brazos de orangután, capaz de resquebrajar cualquier cosa. “Pero a mí me encantaba el hombre. Cuando estaba en sus brazos, me sentía indefensa como una perdiz. No sé cómo pude poner los ojos en Juan”, se preguntó. Y quedó dándole vueltas al pasado adolescente y frugal de los días de estudiante. Juegos plenos de picardía con paseos al campo, citas furtivas en casa de las amigas y estimulantes aventuras de baile en fiestas de cumpleaños, en las que se tenía la ocasión de hacer tiritar el sexo con encendida inocencia.

-¿Juan?

-Sí, mujer.

-¿Sabes una cosa? Parece interesante echar un vistazo al pasado.

-Creo que sí. Imagínate viendo a la camada del colegio:

Fernando, Juan Chiquito, El Cabezón, Pencho Puto, Emilio.

-A vos te gustaba ese hombre.

-No es cierto -sonrió-. Era simpático. Pero, sólo me caía bien.

-Te gustaba -insistió Juan-. Por poco te casas con el gorila ése.

-Viéndolo bien vamos a pasar de lo lindo -dijo Margina.

-Debe ser. Ahora tengo sueño -vio el reloj-. Bueno, ya es hora de dormir. Seguiremos hablando mañana.

Y fue a la cama pero no pudo dormir. A velocidad de la luz, revivió la medio empolvada película del colegio, plena de cuentos, triunfos, frustraciones, y la memoria en donde tan de buen parecer estaban los rostros de los compañeros. Pensó que en algún sitio tendría la fotografía oficial que editó La Salle. Recordó al bárbaro de Chico Chato que le puso el tintero en el culo al profesor de Cívica. Y no pegaba los ojos dando vueltas alrededor de otros. Yeng, La Rana, Ensalada de Frutas, Tuerto García. Esta vez había podido recordar a veintidós. En la amplia barca de la cama conyugal sintió moverse a Margina.

-¿Estás despierta todavía?

-No he dormido una gota.

-¿Por qué?

-Estoy como vos, pensando en la fiesta.

-Dormí. Ya es de madrugada.

-Voy a seguir tanteando. A mala hora te pusiste a hablar de la fiesta.

-Acuérdate que pasado mañana es la cosa.

-Ya lo sé. Dormite.

-Algunos no llegarán.

-Eso es obvio. Después de los sesenta años puede pasar cualquier cosa. Por ejemplo, Garabato Pastora. Anteayer hablé con su hermana, la Chelita, que ahora más bien parece como la abuelita pintarrajeada de Caperucita Roja. Me contó que dentro de ocho días habrá *misa de año por el alma de Garabato* en la iglesia de San Agustín.

-Garabato no tenía alma.

-Haz el favor de respetar a los difuntos.

-Para mí fue sorpresa. Me di cuenta de que Garabato se exilió, pero no sabía que hubiera muerto en un accidente de tránsito.

-Nadie lo supo.

“La guerra y la desinformación”, pensé.

-Bueno. A nadie le interesaban las muertes en las camas. En los días de la guerra morir se era fácil. Una muerte accidental no era noticia.

-Lo mismo pasó con Fabio Solís.

-¿Cuál Fabio Solís?

-El pecoso aquel que le decían Pata de Breque, que se las daba de Juan Legido, el cantante de los Churumbeles.

-¡Qué memoria la tuya!

-Lo asesinaron al salir de un cine en Miami, cuando dio *raid* a una puta callejera que resultó ser un travesti.

-¡Qué terrible es morirse! Con el tiempo de los muertos sólo se recuerdan las cosas feas -dijo Margina.

-Ví la fotografía en el Herald.

-Bueno mujer, ya tengo sueño.

-Allá vos. Dormite. Pero antes que lo olvide, a propósito de fotografía, ya que tienes la de graduación, deberías sacar un buen póster para el día de la fiesta.

-Es buena idea. Pero déjame dormir. ¡Dormite ya, pero no ronques!

-No arruines. Yo nunca ronco -protestó la mujer y dando un giro sobre el costado derecho quedó dando las nalgas al marido.

-Bueno, al fin estamos aquí -dijo Margina el día de la fiesta, hurgando con la mirada los recovecos del edificio. Allí estaba el largo corredor transformado en auditorio, decoradas las columnas con cortinas blancas de encaje, semejantes a las de una iglesia de aldea, revestida y liberada de la miseria espiritual del abandono.

Al lado, en lo que fue el campo de fútbol, dispersas decenas de casuchas de cartón y desperdicios de zinc, habitadas por indigentes y desmovilizados de guerra, que llegaban huyendo de la violencia guerrillera de la montaña a paliar el hambre en la ciudad.

-Hemos hecho lo que pudimos -trató de justificar Chico Salitre-. A como estaba el edificio parecía el enfermo terminal de hospital de caridad, con aspecto cetrínicamente arcilloso, desgajándose las paredes; y los ángulos de sus esquinas con olor a excrementos y orines. Era como para llorar sobre las ruinas -lamentó-. Pero lo dejamos decente...

-Ella es mi esposa –introdujo a Margina.

-¡Ah, sí! Trataba de reconocerte. Eres la misma. El tiempo no pasa por ti.

-Exageras -dijo halagada por la deferencia en la comparación que había hecho al vuelo con relación a su amiga. ¡No cabría duda de que algo había acontecido a la esposa del compañero de su marido!

-Nosotros les vemos muy bien, ¿no es cierto, Margina? –dijo Juan con cortesía.

-Bueno. No somos el retrato de Dorian Gray. Supongo que no podremos vernos como cuando estábamos recién casados -sonrió Morena Briceño.

-Pasen, pasen que no son los primeros. Bajo las palmeras están Luis, Francisco, Enrique, José, Humberto, Raúl, Federico. Todos con las esposas, a excepción de Jacobo quien se le fue arriba a la mujer y le cedió el paso -dijo Chico Salitre con su humor de sepulturero.

-Alteró la regla, porque los hombres se van primero -dijo Juan.

-No es cierto -repuso Margina.

-¡Cómo que no es cierto! Cuenta los viudos y las viudas y verás que estamos como la peseta con relación a la libra: al dos mil por una.

Y entraron hasta el patio de las palmeras en que esperaban el inicio de la celebración. Rostros familiares, amables y sonrientes, con el optimismo sombrío que insufla el tiempo, pero refrescados por el halago de la amistad. Sólo el hecho de haber llegado a ese día valía una misa. Aún con todo y la alienación social y moral de aquel grandioso Colegio La

Salle, que se resistía a morir, había tenido alma grande, batalladora; que había hecho historia en el espíritu social de su tiempo, y que logró proyectarse de todas maneras. “A lo menos por una noche, al Colegio -este Colegio La Salle-, con decisión, con amor y voluntad, con fervor, debemos ponerle un alma. Su cuerpo, el cascarón vacilante en que están los restos de las aulas de clase, deberían someterse a un piadoso exorcismo que sacara de sus entrañas al posesivo demonio del olvido”, pensó Juan.

A la hora del acto central todos estaban callados. Juan tenía la certeza que la inevitable fuerza destructora que demolió al Colegio, también había acabado con ellos, y no tenía sentido volver los ojos al pasado más que para morir de la risa.

Como en la casa de Frankestéin, al remover inverosímiles vivencias de estudiantes, iban quedando al descubierto cada una de las capas emotivas en que saltaba la huella del tiempo. Algo así como reflexión sobre el espejo de la vida, proyectada en la herrumbre perpetua de la realidad material.

¿Cuántos sobrevivían de aquella promoción *de ases de oro*? -como decía el hermano Santico-, a quien fue dedicada la promoción por su divino arte de enseñar matemáticas a palo limpio, además del flamante uso de su amansadora verborrea de mago, de la que echaba mano con solemnidad de mercadera a la hora de increpar al réferi por las tarjetas amarillas en los encuentros de *fútbol* contra el equipo de los jesuitas.

A las siete en punto -aunque no había hora exacta para llegar a la cita-, Iván Uriarte, el formidable portero del Diriangén, entró bajo los festones del portal, y se detuvo a medio camino para pronunciar su nombre.

-Bienvenido, poeta Uriarte -dijo una voz al extremo del ambiente, en donde se mantenía enhiesto el cascote de cemento de lo fuera el auditorio. Luego avanzó en la penumbra, e hizo una genuflexión frente a la enmarcada ampliación de cinco por cuatro metros, de la fotografía de la promoción. Entre el grupo le llamaban el filósofo, y aunque un día fue un atleta, su prominente abdomen y la reluciente calvicie eran vivo testimonio del tremendo amor por el disfrute de la vida.

Le siguieron Alvaro y Jorge Eduardo, que entraron al estrado declamando: "Amo el amor de los marineros que besan y se van", dando palmadas en las paredes, besando las columnas que dividen los corredores del estadio de fútbol, y estando abrazados a ellas, les hablaban con ternura, como si tratase de viejas amantes resucitadas en imprevisibles paraísos de sueños. En torno a las columnas, borde de la tapia o herida loza de los ladrillos, acariciaba esa voz del recuerdo que sacude y golpea. Otros entre aparentes ruegos, intentaban arrancar respuestas al mudo y solitario tiempo, frente al abandono del propio edificio anímico. "Sentí como si me deslizara al fondo de mi propio corazón, y en el cauce rojizo de mis arterias, me empeñara en penetrar la borrascosa tonalidad de la pena; el tiempo sin tiempo de la propia esperanza frustrada", lloriqueó Miguel Palencia, seminarista, matemático, poeta, pintor y consejero de oficio, que con el correr de los años llegó a ser hombre de negocios y sempiterno candidato al congreso en las filas de su partido.

Mientras entraban los compañeros, la obsesiva imaginación atrapada por el evento, multiplicaba las vivencias y faltaban brazos para aprisionar el recuerdo. "¡Ah Darío, Darío! Juventud divino tesoro, te vas para no volver", pensó Juan. Cada compañero intentaba narrar su historia, su razón de

ser por la travesía del ponto de la vida, sobre un silencio que lo dice todo, descascarado en imborrables grabaciones encontradas en las paredes de los baños: "*El hermano Ranita es maricón*", "*Idiota, yo me cojo a tu hermana*", "*La Chenda es puta*", "*Abajo la dictadura*", "*Muera Somoza y Viva Sandino*", y un centenar de expresiones y dibujos que hablan de la naturaleza espontánea del muchacho del colegio.

-¿Qué tal te pareció la fiesta? -preguntó a Margina al estar de regreso en casa.

Tuvo inmensos deseos de llorar. Se estremeció al recordar la dolorosa sensación que le produjo su grande y despampanante amiga, Tarantela Arana "*Señorita Huehueté*", con la *imbatible* belleza de otro tiempo removida por la actual y deprimente papera de iguana. No dijo esta boca es mía, pero comenzó a quitarse la ropa. Lanzó por encima del sofá el traje de la recepción y las medias de las várices. Había quedado en pelota. Observó en los ojos de su mujer una fogsidad de ramera. Le pareció encendida por un rabioso deseo de sexo y sobrevivencia. Se sintió impotente, como res que es llevada al sacrificio. Se desplomó sorprendido en el filo de la cama.

-¡Mirame! ¿Te sugiero algo? -dijo Margina, rozándole las rodillas con la punta del trasero. Estaba abruptamente agitada y le temblaban los muslos y la voz-. Fue un lindo encuentro de acuerdo a la ocasión, pero nosotros -tú y yo-, todavía no somos viejos. ¿Verdad, Juan, que todavía no estamos viejos?, rodaron lágrimas de sus ojos.

-No, no estamos viejos -dijo Juan. Y desabrochó la bragueta, ahogado por el deseo y un frío calor de desesperación que dilató sus arterias. Con nostalgia echó de menos la receta del compadre.

Y se encendió el fuelle de su corazón, buscó el sexo desnudo de su mujer y lo comprimió con la mano. Era la misma Margina, despiadada y visceral, arrancándole la piel. Cual águila hembra al macho, dejole sumido en lacerante trepidación como en días de recién casados.

-Creo que estuvo bien -recordó la pregunta de la noche anterior con relación a la fiesta-. ¿Cómo te sientes? Te levantaste tarde.

-Cierto. Dame el periódico -dijo, sorprendido por el despliegue de la principal noticia.

-¡Qué estupidez! -exclamó.

-¿A qué te refieres?

-A ese *jet* presidencial con olor a sarna y coca, a orines y mierda -señaló *La Prensa* con el dedo-, porque aunque nadie se hubiese meado ni cagado, con lo que pasó hoy, esto huele a eso y algo más -como comentó Chico anoche, acerca del cataclismo estatal que sacude a la nación. Y agregó: ¡Qué estupidez que no haya conciencia, que por corrupción y dictadura hubo tanta sangre y tantos muertos en la revolución que ya olvidaron quienes huyeron al exilio.

-Eso no es conmigo -dijo la mujer-. Odio la política. Mi problema es la Fiesta de Aniversario... este escabroso realismo de vivir lo que para mí fue como la tragedia del Titanic.

Enero 2000

Para que
LEAMOS



Róger Mendieta Alfaro, nacido el 3 de julio de 1930, realizó estudios de Ciencias Políticas en Costa Rica; en Ciencias Económicas y Administrativas en la Universidad Centroamericana (UCA) y ha figurado en el periodismo y en la política, desempeñando entre otros cargos y funciones: Co Director del semanario *Movimiento* y Director del diario “*La Nación*”. Fue Diputado en la Asamblea Nacional, Ministro Director de Acueductos y Alcantarillados y Presidente del Partido Conservador de Nicaragua. Es miembro activo de diversas instituciones culturales Nicaragüenses.

Ha tenido una carrera literaria destacada, siendo autor de crónicas, novelas y cuentos entre ellas: En crónicas: *Cero y Van Dos, El Último Marine, Olama y Mollejones*. En novelas y cuentos ha escrito: *La Piel de la Vida, El Candidato, La Zarza y el Gorrión, Hubo una vez un General, La Casa de la Yegua, La Herencia, Un Asunto de Honor y el Clavel y la Rosa*. Es autor de la Antología del *Amar y el vivir en el tiempo*.

Obtuvo así mismo el segundo premio con *Canto a Lincoln*, en el concurso de poesía Rubén Darío 1959.

Hoy en esta colección publicamos una pequeña antología de sus cuentos —seis de ellos— a fin de que una mayor cantidad de publico pueda apreciar el dominio que sobre esta técnica narrativa el autor hace gala.

Con esta selección *PARA QUE LEAMOS*, adiciona un titulo mas a los casi cuarenta libros publicados bajo el sello de esta casa editorial, cuyo objetivo principal es poner libros de calidad y a precios accesibles en manos de las familias nicaragüense.

ISBN 978-99924-71-91-3



9 789992 471913



NICARAGÜENSE
FORO
de
cultura

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS
FUNDACIÓN
www.enriquebolanos.org